

SCHMIDT, Volkmar: *Sprachliche Untersuchungen zu Herondas*, Walter de Gruyter, Berlín, 1968, 141 pp.

Este libro sobre la lengua de Herodas, "mit einem kritisch-exegetischen Anhang", según reza el subtítulo, constituye, en general, el estudio más ambicioso que sobre la lengua de Herodas se haya realizado hasta el presente. En el primer capítulo, sobre fonética (pp. 1-46), tiene especial interés, a mi entender, la discusión sobre la crasis de  $\kappa\alpha\iota+\acute{\epsilon}$ -; la fusión regular

en jónico es, como nota el autor (p. 21),  $\kappa\alpha$ -, como por lo demás aparece en los yambógrafos y en Heródoto; la crasis, sin embargo, en Herodas se resuelve en  $\kappa\eta$ , rasgo que es interpretado con la ayuda de las inscripciones, como popular. Es interesante notar, de pasada (p. 21, n. 7), que también Calímaco sabe usar la forma popular en sus yambos (y ello, puede añadirse, valora más su orgullosa pretensión en el fr. 203 Pfeiffer). El segundo capítulo (pp. 47-88) sobre morfología está dividido en lo dedicado a las formas de la declinación (hasta la p. 74) y lo dedicado al verbo, hasta la 88; es sumamente erudita la discusión de Schmidt sobre la declinación de algunos nombres propios. Donde la cosa es más delicada es en el doblete  $\theta\alpha\lambda\eta\varsigma/\theta\acute{\alpha}\lambda\eta\varsigma$ ; a mí el genitivo  $\theta\acute{\alpha}\lambda\epsilon\tau\omicron\varsigma(\pi)$ , 62 me parece quizás un dorismo (cfr. Puccioni, *Herodae Mimiambi*, Florencia, 1951, p. 41, nota *ad locum*). El aparato de erudición que Schmidt acompaña diluye a menudo el tema, sumando además las copiosas notas, pero, en general, me inclino a suscribir la opinión que expresa en p. 62, que "Herondas folgt also mit  $\theta\acute{\alpha}\lambda\eta\varsigma$ ,  $\theta\acute{\alpha}\lambda\eta\tau\omicron\varsigma$  einer Tendenz der zeitgenössischen Sprache", y que el gen.  $-\eta\tau\omicron\varsigma$  no es jónico aunque aparezca a menudo en los documentos de la época (pp. 63 sig.). El testimonio de Prisciano, vi, 60, que cita genitivos de ambos tipos, y añade "similiter Thales, Apelles...", etcétera, no soluciona nada, me parece, y a lo sumo confirma indirectamente que la forma jónica de gen. (cfr. p. 62 y n. 60) es en  $-\acute{\epsilon}\omega$ , según la forma  $\text{Ἀπελλέω}$ , en iv, 73, que Schmidt no aduce. En la parte dedicada al verbo se discuten, además de las características del aumento y de la reduplicación en Herodas (pp. 74-79), también algunas raíces verbales (pp. 79-88). En el tercer capítulo, sobre sintaxis, se trata del nominativo por vocativo (pp. 89-95); el caso más interesante es el nom.  $\Gamma\omicron\lambda\lambda\acute{\iota}\varsigma$  en i, 9 y 11, pero en el segundo caso parece más bien tratarse (cfr.  $\epsilon\lambda\theta\omicron\upsilon\sigma\alpha\nu$  en el v. 12) de un nominativo en vez de acusativo, y puede interpretarse como lo que Lasso de la Vega (*Sintaxis griega*, Madrid, 1968) llama nom. *aislativo-enfático* (pp. 324 sigs.). Debe considerarse, además, que en el v. 11 la estructura sincopada —es cuatrimembre— favorece la aislación en que queda el nom. y ello mismo lo hace enfático. En cambio, el uso del voc. en v. 18 queda justificado por el realce que se da al nombre, en mitad del verso (aquí, si es cierto el suplemento de Tucker, esperaríamos un nominativo, en cambio). En el v. 9 la proximidad de  $\theta\epsilon\iota/\delta\varsigma$ , que no tiene vocativo, justifica (aplicado como va a ser a Glíde) el nom. (su función sintáctica en el verso anterior viene suplida expresamente por un  $\omicron\epsilon$ ).

Un último capítulo, el iv, trata de la métrica de Herodas (pp. 96-103) y aquí es donde más se nota a faltar una consideración complementaria sobre estilística —que también hubiera sido posible en el capítulo sobre sintaxis. Por lo demás, el verso de Herodas no tiene problemas especiales, y si la comparación con Calímaco es adecuada también se podía haber acudido a Fénix de Colofón, que, al menos por lo irregular, es el más original de los tres. Un apéndice que acompaña (pp. 107-133) suscita una bien mantenida problemática sobre los

lugares siguientes: III, 72; IV, 46 sig.; IV, 57; V, 69; VII, 128 sig., y VIII, 79. En el lugar VII, 128 sig. cuyo gran problema, si aceptamos la lectura tradicional (en v. 129:  $\theta\alpha\lambda\pi\upsilon\sigma\alpha\nu\epsilon\upsilon$ ) es el  $\epsilon\upsilon\theta\omicron\nu$  que debería ir con  $\varphi\rho\omicron\nu\epsilon\upsilon\eta\tau\alpha$  (que no es uso normal, a pesar de Puccioni —p. 161—, que aduce Esquilo, *Coéforas*, 233), la labor de Schmidt aportando nuevos datos y discutiendo ecuánimemente la bibliografía, no precisamente escasa, sobre este punto, es muy elogiada. Y tengo para mí que es muy verdad lo que se dice en p. 125, que  $\beta\alpha\iota\tau\eta$  (v. 128) no es una alusión a ningún artefacto como el que es cuestión en el mimiambo anterior, como pretende Cunningham (*Cl. Qu.* 1964, 35): se trata sencillamente de una manta, y el nombre del zapatero es uno de aquellos *nomina parlantia* que son característicos de la sátira (cfr. Trimalción en Petronio: *Cerdio* y *Lucrio* en Plauto, Marcial, Juvenal, etc.), y que evidentemente pueden llevar dos tipos que no tengan relación entre sí. No hace falta añadir que este punto es fundamental para la interpretación del mimiambo VII.

En general se trata de un libro sistemático y que suscita y resuelve muchos problemas; será sin duda punto de referencia obligado para los futuros estudiosos de Herodas. Pero quiero plantear un último punto: ¿por qué *Herodas*? No he visto en ningún sitio razonada esta *n* que descansa sobre una pronunciación dialectal, beocia, que parece inatribuible a nuestro poeta, y que, en general y con buen criterio, creo, se descarta hoy por prácticamente todos los estudiosos (cfr. Puccioni, introducción, p. VIII).

CARLOS MIRALLES

CHANTRAINE, Pierre, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque, Histoire des mots.* Tome I, París, Klincksieck, 1968, XVIII-305 pp.

Precedido de una interesante labor filológica y lingüística, y como fruto de sus largos años de investigación, nos ofrece Chantraine el tomo primero de un libro que el propio autor presenta como una especie de "pendant" del *Dictionnaire* de Ernout-Meillet, aunque el sabio helenista señala, humildemente, que "je n'avais pas pour la partie étymologique l'appui d'un savant de l'envergure d'Antoine Meillet".

Tras Boisacq y Frisk, pues, vamos a contar, en breve, con un libro auxiliar que nos atrevemos a calificar de primer orden. ¿En qué se distingue de los otros dos diccionarios? Ante todo, por un rasgo que salta a primer vista, tan pronto se hojea este primer tomo: la parte etimológica y comparatista ha sido considerablemente reducida. Sigue en general a Frisk, pero no de un modo ciego, y en no pocos casos se aparta del lingüista sueco cuando un trabajo nuevo, o sus propias reflexiones, le llevan a adoptar distintas soluciones. Por ejemplo, mientras Frisk deja de lado, de un modo constante, la teoría laringal, Chantraine la acoge, aunque con mucha prudencia, y siempre siguiendo la notación de Benveniste, nunca la de Adrados, cuyos trabajos ignora o quiere ignorar (cfr. por ejemplo, s. v.  $\delta\delta\omega\mu\iota$ , donde acepta una laringal, pero no en s. v.  $\delta\iota\delta\rho\alpha\sigma\omega$ ). En cambio Chantraine no acoge más que con muchísimas reservas, y siempre bajo el signo de interrogación, toda posible etimología pelasga (cfr. s. v.  $\beta\rho\alpha\beta\epsilon\upsilon\varsigma$  y  $\beta\rho\epsilon\tau\alpha\varsigma$ ). En general podemos decir, pues, que todo lo que se refiere a la etimología está considerado bajo el signo de una gran prudencia. Unos ejemplos bastarán para poner de relieve eso que consideramos una cualidad: al estudiar  $\acute{\alpha}\gamma\gamma\epsilon\lambda\omicron\varsigma$ , anota que "le rapprochement avec skr. *ángiras* est universellement abandonné"; a propósito de  $\acute{\alpha}\epsilon\theta\lambda\omicron\varsigma$ , señala que "si, como los datos filológicos parecen indicar, tal palabra ha significado originariamente "concurso", no hay etimología"; sobre  $\text{A}\delta\eta\varsigma$  dice lacónicamente: "nombreuses hypothèses incertaines, qu'il n'y a pas lieu de répéter"; a propósito de  $\acute{\alpha}\nu\acute{\alpha}\rho\eta$ , define como imposible la etimología semítica propuesta por Schreckerberg (cfr. mi reseña en *Emerita*, 1966, p. 175). La misma prudencia le lleva, en algunos casos, a negar el carácter de palabra griega a términos raros y poco explicados: así, a propósito de  $\beta\rho\alpha$ , recoge la corrección aportada al texto de Hesiquio por G. Meyer y Latte, y termina diciendo: "le terme n'appartient plus au vocabulaire grec". En el lema  $\acute{\alpha}\nu\theta\rho\omega\pi\omicron\varsigma$ , que tanto ha hecho discutir, Chantraine señala, sencillamente, que la etimología es "ignorée" (remitiendo a Frisk y al trabajo de Seiler en *Glotta*, 32-1953, 225 sig.).

Pero si la parte, digamos, estrictamente etimológica, está profundamente simplificada, no puede decirse lo mismo del tratamiento histórico de los vocablos. En general, puede decirse que es la parte más valiosa de la obra. Todo *lemma*, tras la indicación del género, va seguido de los diversos sentidos básicos, con la cita de los textos —o, al menos, de los autores— en los que aparece. Desgraciadamente, es norma, prácticamente general, indicar sólo el nombre del autor, sin concretar la obra ni el pasaje. Se insiste especialmente, cuando hay ocasión para ello, en los testimonios micénicos y homéricos, y suele seguirse la evolución semántica, en no pocos casos, hasta el griego tardío y moderno (cfr., por ejemplo, el lema  $\gamma\alpha\delta\omicron\varsigma$ , donde se aportan interesantes testimonios sobre el gr. mod.  $\gamma\alpha\iota\delta\omicron\upsilon\omicron\rho\alpha\omicron\nu$ , préstamo árabe).

No menos valioso resulta el interés de Chantraine por establecer oposiciones semánticas entre sinónimos o quasi-sinónimos: así, a propósito de  $\delta\epsilon\iota\delta\omega$ , el autor establece, siguiendo a Ammonio, la diferencia entre  $\delta\epsilon\omicron\varsigma$  y  $\varphi\omicron\beta\omicron\varsigma$ ; a propósito de  $\beta\iota\alpha$ , señala los matices semánticos que separan este término de  $\iota\sigma\chi\acute{\upsilon}\varsigma$ .

Junto a la historia de la palabra, es norma constante señalar los derivados y los compuestos, con un caudal informativo realmente impresionante, aunque a veces no del todo completo: por ejemplo, ni en el lema  $\alpha\eta\eta\rho$  ni en  $\alpha\gamma\alpha\theta\acute{\iota}\varsigma$  hallamos el término  $\alpha\eta\eta\rho\alpha\gamma\alpha\theta\acute{\iota}\varsigma$  de uso tan frecuente en Tucídides.

Amplio margen dedica el autor a las glosas, en especial las de Hesiquio, así como a la onomástica.

Obra, pues, más filológica que lingüística. Chartraine anota, siempre que ello es posible, los estudios más importantes dedicados a cada término. Así hallamos utilizados los estudios lexicográficos más autorizados, como los trabajos de Luis Gil, Casabona, Fournier, E. Masson, Strömberg, Thompson, Troxler, van Brock, Trümper, e incluso estudios que, más que lexicográficos, son "culturales", como el trabajo de Corlu *L'idée de prière*, los *Attische Feste* de Deubner, el trabajo de Onions, etc. Es cierto que, en algunos casos, se echan de menos estudios concretos que fácilmente habría podido utilizar el autor: ya hemos aludido a la ausencia del nombre de Adrados (cuyo estudio sobre *Los orígenes del vocabulario ático* y su libro sobre el *Léxico de las fábulas esópicas* se mueven en un plano menos hipotético y por lo tanto quedaban libres de la preocupación de Chantraine por evitar todo elemento "especulativo"). Pero al hablar de  $\alpha\iota\sigma\alpha$  una referencia al conocido libro de Bianchi se habría agradecido, así como esperaríamos unas citas a Degani en el lema  $\alpha\iota\omicron\nu$ . Tampoco hallamos mencionado el libro de Bacon, *Barbarians in Greek Tragedy*, a pesar de las numerosas referencias a préstamos egipcios, persas, fenicios, que hay en este volumen.

JOSÉ ALSINA

HUART, Pierre, *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'œuvre de Thucydide*, Paris, 1968. L. C. Klincksieck, 545 pp.

Recientemente el profesor Adrados escribía ("Ideas para una tipología del griego", E. C., n.º 54): "En cierto modo la moderna lingüística descriptiva continúa, en su tendencia antiliteraria, el espíritu de la antigua lingüística histórica y comparada. Y aspira a asimilar la lengua lo más posible a un sistema de signos elementales y primarios. Contra esta tendencia hemos de reaccionar. La lingüística ha nacido del estudio de las ciencias humanas". Con este espíritu —el estudio de la lengua, en cualquiera de sus parcelas, procede del hombre y a él regresa— ha escrito Huart su obra. Obra importante, además, y sobre todo, por varias razones: es concreta, ciñéndose adecuadamente al texto, sin el más mínimo asomo de pedestrismo; dentro de la característica dificultad forma/sentido en griego, el autor acude al texto e interpreta la palabra con clarividencia, transparentando las dificultades del vocabulario tucidídeo, y ello lo realiza siguiendo un camino fecundo de veras: estudio de la palabra con referencia al contexto próximo, con referencia a la obra completa de Tucídides, en relación con el uso de la lengua en su momento único y teniendo siempre en cuenta las variaciones históricas en el campo semántico.

Por lo que respecta al planteamiento psicológico, hay que destacar que propiamente no sujeta al historiador a un sistema preconcebido de reacciones humanas, sino que lo deja hablar, respetando el cuadro psicológico natural del escritor.

El problema, hoy día debatido, de si es lícito y verificable intentar decir algo de las intenciones del autor, se nos hace olvidadizo al leer esta obra, a pesar de que emplea para su trabajo, y precisamente ya en la introducción, las motivaciones e intenciones de Tucídides. Lo que sucede es que siempre, insisto, procede de una consideración minuciosa y objetiva del texto y de su trabazón interior, que es quien nos revela lo que nos quiere comunicar el escritor. Estas orientaciones en las que se mueve Huart se ven completadas por un uso medido, y siempre con carácter de necesidad, de las disciplinas auxiliares, como sociología, economía, etc.

En fin, su elección del vocabulario relevante es siempre acertada, sin caer en desmesuradas colecciones de material. En su investigación posee un órgano especial, no muy frecuente, que podríamos calificar como *síntesis de un "esprit" y de una "sagesse" lúcidos*.

Obra útil para comprender a este filósofo de la historia. Pierre Huart nos lo descubre más profundo, el Tucídides que en realidad es, según aquello de Hegel en el prólogo a su Filosofía del Derecho: "la filosofía es su propia época captada con el pensamiento". Y Tucídides capta y explica con más claridad a través de la obra de este profesor francés.

LUIS COROMINAS

C. DE HEER, *Μάκαρ, εὐδαιμόμων, ἄλβιος, εὐτυχής, A study of the semantic field denoting happiness in ancient Greek to the end of the 5th century B. C.* 152 págs. Editorial Adolf M. Hakkert-Publisher. Amsterdam, 1969.

Según el título del libro se trata de un estudio semántico de cuatro palabras que significan "felicidad", desde el griego antiguo (Homero, Hesiodo), pasando por la época arcaica, lírica (Solón, Teognis, Píndaro, Alcman, etc.) y llegando a través de los trágicos (Esquilo) hasta el final del siglo v.

Como indica la introducción, el libro pretende estudiar el significado de un grupo de palabras individualmente y formando unidad. El principal obstáculo que encuentra el autor, y que trata de obviar, es el continuo flujo y reflujo que experimentan las palabras en su significado, debido a los cambios que se verifican en los diversos campos que abarcan: social, religioso, moral, político y cultural.

El período que se investiga comprende cuatro momentos sincrónicos, que son: Épica homérica y los Himnos; Hesiodo; Época arcaica; siglo v. División condicionada por el material disponible. Estos períodos se consideran autónomos para su estudio. Luego se intenta una mirada retrospectiva para calibrar los cambios semánticos que han afectado a las palabras correspondientes.

El autor no cree necesario estudiar los problemas etimológicos de palabras tales como *μάκαρ* y *ἄλβιος* y sus respectivas familias, dado que sus significados etimológicos están muy lejanos del uso encontrado en los textos. Adopta la terminología de S. Ullmann (*The principles of Semantics*).

Este estudio refleja los hechos que controlan e influyen la noción de "felicidad", o sea una gama de experiencias, deseos, esperanzas y cuidados, cuyo campo de expresión aumenta y se hace más variado a medida que el concepto expresado se diferencia más. De aquí las cuatro palabras, que, entrando dentro del campo semántico de "felicidad", se diversifican a medida de la diferenciación de su concepto.

Homero: *μάκαρ* tiene un valor divino. Está asociado a la vida de los dioses, sin cuidados ni preocupaciones. Aplicado a los hombres adquiere un valor emotivo. *ἄλβιος* se aplica para denotar posesión de bienes muy apreciados: riquezas, hijos, etc., que sitúan al hombre por encima de lo ordinario. Existe relación entre los sentidos de las dos palabras. Las dos tienen

valor emotivo. Ninguno de los dos significa simplemente "ser rico", aunque este sentido es común a ambos. Los dos están unidos al mundo de los dioses: μάκαρ por similitud y δλβιος por donación de los dioses al hombre; pero no son sinónimos: el primero es más emotivo, el segundo más cognitivo.

Hesiodo: extiende el campo semántico del concepto de felicidad con un nuevo vocablo: εὐδαιμων, de claro valor positivo, no nuevo por su formación, sino por su contenido conceptual. Explica el autor las diferencias de sentido que alcanzan las palabras μάκαρ y δλβιος retrospectivamente o sea con respecto a Homero.

Pasa seguidamente a la Época Arcaica y advierte que las conclusiones que pueden sacarse son meramente conjeturales, debido a la falta de material suficiente y su posible interpretación. Se amplía el campo con la palabra εὐτυχίω. Hace el estudio de algunos pasajes en los que aparecen estos vocablos y sus derivados, desde Alcman hasta Píndaro.

En el tercer capítulo estudia la época que va desde Esquilo hasta el siglo v inclusive. En la conclusión, que resume el capítulo, resalta las relaciones estudiadas previamente entre los diversos grupos de palabras que ha formado: μακάριος, μακαρίζω - εὐδαιμονία, εὐδαιμονέω, εὐδαιμονίζω - δλβιος, ολβίζω - εὐτυχία, εὐτυχείω.

Termina el libro con una conclusión en la que el autor trata de justificar la imposibilidad de la sinonimia entre estas palabras. Reconoce que desde el punto de vista sincrónico no existe dificultad en aprehender el sentido de esas palabras, sin embargo, el escenario diacrónico está lejos de ser completo, porque existen vacíos intermedios.

Resumiendo, se trata de una obra perfectamente sistematizada, con una gran claridad y rigor expositivo. Los índices son completos y los gráficos que aparecen en el texto explicando las interferencias de los diversos campos semánticos de esas cuatro palabras, ayudan a la comprensión de lo expuesto por el autor. Libro de fácil manejo y de un valor creemos que positivo en el campo de la filología y la lingüística griega.

VALENTÍN CONEJERO

THESLEFF, Holger. *Studies in the Styles of Plato* (Acta Philosophica Fennica, fasc. XX, 1967). Societas Philosophica Fennica. Distribuit Akateeminen Kirjakauppa, Helsinki.

El autor en unas breves líneas a guisa de prólogo expone la razón de su obra y el método que se ha propuesto seguir en ellas: trata de estudiar los patrones estilísticos y su función en las obras de Platón. Reconoce la naturaleza específica de la prosa de Platón y advierte que ha adoptado un método especial de examen, que justifica en la introducción. En ésta, tras enumerar los diversos estudios y trabajos que se han realizado sobre esta materia, encuadra el suyo propio en medio de todos ellos, que "aunque serios, son la mayoría puramente descriptivos" (p. 11). Según el autor, su obra quiere ser "un estudio de la estructura y la función del estilo en las obras de Platón" (ídem.). En el último apartado de la introducción recuerda algunas observaciones sobre el "estilo" y los "estilos" y explica lo que él entiende en el presente trabajo por "estilo". Para el autor es importante señalar la distinción entre el estilo general y el individual, o sea entre una clase estilística o "standard" y una "estructura estilística" o sea, el colorido de un fragmento particular del texto.

Entra en seguida a debatir el colorido estilístico, desde el punto de vista general y considera el estilo individual como "una reproducción de modelos", de patrones estilísticos (p. 27). Este colorido estilístico puede determinarse por el grado de su aproximación a uno o varios modelos estilísticos. Ahora bien, cada modelo estilístico está caracterizado por un cierto número de particularidades que solas o combinadas hacen diferenciar los modelos estilísticos entre sí. Teóricamente el número de peculiaridades de cada modelo estilístico es muy elevado, dado que se pueden hacer muchas combinaciones con las unidades lingüísticas existentes (formas, palabras, expresiones o tipos de expresión). Muchas unidades estilísticas de esta manera

constituyen una diversidad de "matiz de estilo" mayor o menor, debido a su utilización habitual en las diversas clases o géneros estilísticos.

Ahora bien reconoce el autor la dificultad existente para determinar este "matiz de estilo" (p. 28) dado que su presencia y calidad dependen en último término de la relativa frecuencia de la expresión en un tipo determinado de contexto conocido por el autor o el lector. Estas particularidades de que habla Thesleff constituyen los "señalizadores típicos del estilo".

Así, para él, el "colorido estilístico" de un fragmento de texto resulta de la combinación de expresiones que comportan un matiz claro de estilo, principalmente "señalizadores de estilo". Y cuando este matiz de estilo ocupa una gran parte del texto, pasa a ser el equivalente del "colorido estilístico". Y como que la mezcla de estilos es muy frecuente, pasa a estudiar lo que llama "señalizadores principales de estilo".

El autor considera el "colorido estilístico" de un texto como resultante de una reproducción de "patrones típicos" o de algunos rasgos que sugieren estos patrones o modelos (p. 29). Desde este punto de vista, el carácter individual de este "colorido" depende de la manera cómo estos rasgos están reproducidos o combinados. Pero todavía no es suficiente esto para determinar el estilo. Existe todavía otro acercamiento al estilo que denomina, "non generic", que se fija no en rasgos generales, aplicables a cualquier estilo, y por tanto no específico de ninguno.

Reconoce el autor el carácter conservador de las lenguas, sobre todo las antiguas, respecto a los modelos o patrones estilísticos, y dice que el estilo, o mejor, el colorido estilístico de un párrafo o texto consiste normalmente en el colorido genérico básico y en un variado conjunto de rasgos ocasionales.

Todos estos conceptos vertidos por el autor sobre el estilo en sentido general o estricto, trata de aplicarlos en las partes siguientes de su libro para estudiar el estilo de Platón. Escoge la *República* como libro de análisis, dadas sus características de variedad de estilos y representativo de las formas de expresión de Platón. En los análisis y conclusiones presta el autor atención especial a cuatro cuestiones: relación del estilo con la estructura formal del diálogo; la función del estilo para la caracterización de los interlocutores; la relación del estilo con el contenido, especialmente los cambios de acercamiento como reflejados en los cambios estilísticos; el origen del llamado "estilo tardío" de Platón.

En una segunda parte, aplicación de los supuestos anteriores, pasa el autor a estudiar la técnica de la composición y estructura del diálogo (p. 33). Trata el tema desde un ángulo formal y distingue los cinco tipos de exposición siguientes: pregunta y respuesta; discusión o conversación; diálogo *repórted*; diálogo que se acerca a monólogo; monólogo o exposición continua.

Cada una de estas partes las estudia con cierto detenimiento, dividiendo su trabajo en: Orígenes, Función y Técnica.

Otro capítulo importante es aquel en que estudia los "señalizadores de estilo" y las "clases de estilo". Trata de diversos puntos entre los que encuentro interesantes: el "estilo coloquial". En el párrafo final describe el estilo coloquial como opuesto a los otros estilos, diciendo de él que "tiene una luz y un tono fácil con muchos cambios de énfasis y con tendencia a la brevedad y a la flojedad de la exposición y un notorio empleo de modismos" (p. 65). Éstas, sin duda alguna, son cualidades del estilo coloquial, por no entrañan en modo alguno la esencia de ese estilo, que incluye como ingrediente fundamental el "afecto" más o menos exaltado, que tiene repercusiones inequívocas en la expresión externa.

Trae a continuación, como final del capítulo, una lista de señalizadores del estilo, consecuente con la intención del autor al escribir su trabajo y con los apartados anteriores, indicando con números del 1 al 10 el apartado a que se refieren.

En seguida pasa, como ejemplo práctico de sus teorías, a analizar la *República*, haciendo llamadas con letras y números a los apartados anteriores, y tras unas conclusiones sobre la *República* consecuentes en todo con su trabajo, estudia algunos pasajes de las restantes obras de Platón, haciendo hincapié en la figura de Sócrates, que analiza según los pasajes.

Cierra la obra una serie de cuatro conclusiones.

En unas observaciones generales a la obra, advierte el autor que las diez clases de estilo estudiadas en ella y sus combinaciones no proporcionan una exposición completa del uso que Platón hace del estilo. Acompaña la obra una extensa bibliografía.

Creemos que el libro es muy interesante por su estructura científica y claridad de exposición, aunque puede que contenga bastante de subjetivo en la interpretación de algunos pasajes de Platón, enmarcándolos en una categoría determinada de las diez que señala el autor, y que tal vez pudieran encuadrarse en otras.

VALENTÍN CONEJERO

RENEHAN, Robert, *Greek Textual Criticism. A Reader*. Loeb classical Monographs, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1969, 152 pp.

Iniciado bajo el lema τὸ γὰρ τῶν λόγων κρίσις πολλῆς ἐστὶ πείρας τελευταῖον ἐπιτέωγμα que el autor toma del Pseudo-Longino, el presente libro es un ejemplo vivo de sentido común y de inteligencia aplicados a la difícil tarea de la crítica textual. Renehan, de cuya muerte nos enteramos al tiempo que recibimos el libro, ha acumulado una serie de casos-tipo, por medio de los cuales intenta demostrar que la crítica textual no es un adherirse a reglas abstractas, sino un "savoir faire" que comporta un profundo conocimiento del autor, de su estilo y de su técnica, unido a una clara comprensión de todas las circunstancias ambientales que han podido decidir el por qué utiliza una expresión y no otra.

La crítica textual es, pues, para Renehan, el resultado de la experiencia, y el crítico un hombre que ha tenido que pasar muchas horas leyendo y meditando a los clásicos. Por ello su libro no pretende ser un manual, sino mostrar al filólogo *at work* y enseñar así, a través de unos ejemplos bien escogidos, lo que podríamos llamar los principios a que debe atenerse el crítico juicioso.

Y así, siguiendo ese método empírico, el autor recoge una serie de pasajes, por medio de los cuales nos familiarizamos con el principio de la *lectio difficilior*, las causas de las corrupciones, cómo es posible sanar una "cruz"; corrupciones debidas a factores psicológicos, a causas mecánicas (las famosas confusiones de letras). Plantea el problema de las interpolaciones y trasposiciones de versos, de la puntuación; pone en guardia contra las conjeturas innecesarias (p. 102 sig.), etc.

Renehan ha escogido los ejemplos de los campos y autores más variados, desde Homero a la época romana. Todo ello contribuye, pues, a que estemos ante un libro que todo estudioso de los autores antiguos debe manejar, y, desde luego, que se aconseja a los que desean iniciarse en la crítica textual.

JOSÉ ALSINA

TUILLIER, André: *Recherches critiques sur la tradition du texte d'Euripide*. "Études et commentaires, LXVIII", París, Klincksieck, 1968, 304 pp.

El autor de este documentado y apasionante estudio, que tiene en preparación otro sobre los escolios y la tradición indirecta del texto del mismo Eurípides (cfr. p. 28 n. 2), ha conseguido, en el presente, una reinterpretación justificada y, en varios lugares, polémica de las vicisitudes en la transmisión hasta nosotros de las tragedias euripídeas, buscando colocar las obras de este trágico "dans une perspective générale, qui embrasse à la fois l'Antiquité et le Moyen Age" (p. 19). El *stemma* que figura en p. 287, con ser interesante y nuevo en varios puntos, tiene valor precisamente porque es consecuencia de este recorrido de Tuillier por la época helenístico-romana y bizantina, buscando testimonios externos en que fundar sus hipótesis.

Sostiene el autor, en principio, que de Eurípides se seleccionaron siete piezas a comienzos de la época bizantina, como de los otros dos trágicos: "en fait, le choix d'Euripide est

exactement parallèle à ceux d'Eschyle et de Sophocle, et c'est à tort qu'on affirme depuis le XIX<sup>e</sup> siècle que ce choix a toujours compris plus de sept pièces", y aquí Tuilier arremete con especial encono contra Kirchoff y Wilamowitz, también contra Méridier (cfr. pp. 99 sig.), basándose en la refutación de la teoría de Wilamowitz (la selección de Eurípides sería de 10 piezas, no de 7) y aduciendo el testimonio de una carta de F. Filelfo (de 1427), en la que, entre otros libros, aparece citado uno que contiene "Euripidis tragoediae septem"; según Tuilier estas siete tragedias que formaban la selección primitiva pueden deducirse de la ordenación de las obras en el *Laurentianus* XXXII-2 (cuyo antepasado es el arquetipo de las segunda familia), y en el *Parisinus graecus* 2713, que atestigua la misma secuencia básica para los orígenes de la primera familia; la secuencia es: *Hécuba*, *Orestes*, *Fenicias*, *Hipólito*, *Medea*, *Alcestis*, *Andrómaca*. El argumento quizá más convincente es el paralelismo temático que Tuilier señala (p. 104) entre las selecciones de Esquilo y de Sófocles y la que él preconiza para Eurípides.

Ahora bien, según Tuilier, estas obras de la selección de Eurípides no representan las "plus appréciées des Anciens", al menos siempre (p. 88), lo cual es seguramente cierto, pero difícil también deducirlo de su esquema de utilización de obras eurípideas (pp. 87-88) por Ateneo, Plutarco y Clemente de Alejandría, que, evidentemente, no tienen por qué ser las únicas autoridades de su época: y así resulta que la *Electra*, por ejemplo, que figurará en la selección, si fue apreciada por esta época, al menos en la novela de Jenofonte de Efezo, como demostró en su día Dalmeyda y como muchos otros estudiosos han señalado. Por esta misma época *Ifigenia en Tauride* es el modelo del anónimo mimo dramático *Carition* (Page, *Select Papyri*, III, fr. 76), y esta *Ifigenia* no aparece en Tuilier, atento sólo a los tres autores antes citados. Como tampoco está en la selección, el lector podría suponer, sin más, que esta obra no era conocida o no era apreciada en la época de referencia. El caso de las *Bacantes*, por ejemplo, que es conocida por Plutarco, Ateneo y Clemente, es bastante significativo al respecto; esta obra es conocida de primerísima mano por Clemente de Alejandría que se sirve de ella para su *Protréptico* (según ha demostrado Steneker, *Observations sur la fonction du style dans le Pr. de Cl. d'A.*, Nijmegen, 1967, que seguramente no ha llegado a tiempo para que lo conozca Tuilier sino después de impreso su libro), y es además una obra base, como insiste Tuilier y como insistía Wilamowitz, para la *Pasión de Cristo* bizantina, lo cual asegura su carácter de obra leída e imitada durante todo el período romano hasta principios de la época bizantina. Constatar, entonces, que esta obra no figura en la selección limita casi al azar más puro y simple nuestro conocimiento de la obra de los otros trágicos, especialmente, pero también de Eurípides; o sea, quiere ello decir —y el mérito principal de Tuilier está, a mi entender, en haber insistido en este punto— que la selección no comprende, ni mucho menos, las obras que podríamos suponer que comprende atentos a la tradición indirecta; nota muy bien Tuilier (p. 115) que, por ejemplo en el siglo VI (cuando, según su *stemma*, ya se había constituido la selección de siete piezas), "les rhéteurs de l'École de Gaza maintiennent une tradition antérieure à celle des sélections dramatiques", o, por ejemplo también, que el arquetipo de la segunda familia (que une 13 obras más a las 7 de la selección) omite obras como *Andrómada*, *Antiópe*, *Belerofonte*, *Ino*, *Cresfonte* o *Fetonte*, "qui ont toujours été très appréciés des Anciens" (pp. 118-119). Pero esto crea a su vez un cierto confusionismo que aumenta Tuilier con ciertas incongruencias en la aplicación de su método. Si es así (y así parece ser) que realmente la tradición directa se ha formado por independencia de la tradición indirecta, entonces ¿cómo es posible justificar que las seis obras últimamente citadas confirmen, con su omisión, "la constitution tardive de l'édition des vingt drames", tal como se dice en p. 119? Esta afirmación no puede basarse, en mi opinión, en que si la edición fuese más antigua las habría incluido, precisamente porque Tuilier demuestra bien que la edición se ha formado al margen de la apreciación de la tradición indirecta.

En todo caso, lo que parece quedar muy claro es que Wilamowitz se equivoca al pretender que en la selección primitiva había siete obras de Sófocles y siete de Esquilo contra diez de Eurípides; salvo problemas de detalle (metodológicos o de información sobre casos

muy concretos), Tuilier ha fijado unas bases firmes para el *stemma* de Eurípides, y otra, muy importante, de sus muchas aportaciones es la confirmación de la mayor antigüedad de *B* (el *Parisinus* 2713 ya citado) frente a *M* (*Marcianus* 471), otra vez corrigiendo a Wilamowitz (*Einleitung in die griech. Tragödie*, I, p. 205) y a otros estudiosos (cfr., por ejemplo, Spranger en *C. I. Q.*, 33, 1939, 98 sig.). Igualmente, una cuestión que había preocupado a los estudiosos era la "curiosa relación" (cfr. Alsiná: *Eurípides, Alcestis*, F. B. M., 1966, p. 83) entre *P* (*Palatinus* 287 y *Laurentianus Conv. Sopp.* 172) y los manuscritos de la primera familia; así, por ejemplo, entre *B* y *P* con referencia a la *Alcestis*. Ahora esto resulta explicado por los tres prototipos de la primera familia, del primero de los cuales,  $\alpha$ , procede, según Tuilier, *B* mismo (que sólo contiene siete piezas, justo las siete de la selección) y el prototipo  $\beta$ , algo posterior a *B* y del que procede el otro prototipo  $\delta$  que está en la base de *H*, el famoso *palimpsesto de Jerusalén*, y de *M*. Pero, a su vez, el segundo prototipo está contaminado con la segunda familia, por lo que no son inexplicables las relaciones entre ambas familias, teniendo además en cuenta que los dos manuscritos representantes de la segunda son del siglo XIV, o sea, reproducen un momento posterior a las contaminaciones e influencias que son notables y muy numerosas a partir de finales del XIII. La importancia del *palimpsesto de Jerusalén* quizá sea la de poder demostrar (pp. 156 ss) que es el prototipo de los dos manuscritos de la segunda familia el que ha influido sobre el prototipo de *H*. En todo caso, la cuestión de las influencias entre las dos familias, a pesar de haber sido notablemente aclarada por Tuilier, queda todavía oscura en algunos puntos.

CARLOS MIRALLES

PRATO, Carlo: *Tirteo (Introduzione, testo critico, testimonianze e commento)*, Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1968. 255 pp.

Este libro es bastante más que una edición de los fragmentos de Tirteo: es una suerte de *summa*, un conjunto abigarrado en donde se recoge prácticamente toda la información, desde los antiguos hasta el momento de entrar el libro en prensa, sobre las elegías de Tirteo y la Esparta de su tiempo. Precisamente por este carácter ambicioso que ha dado el prof. Prato a su obra notamos más cuán inciertos son, a veces, datos que han repetido obras de toda índole y podemos celebrar, en general, la prudencia del editor. Con todo, hay muchos puntos todavía que permanecen oscurísimos en la interpretación de la obra de Tirteo e incluso en su propia historicidad: por ejemplo, el de su nacimiento fuera de o en Esparta. Es sensato, sin duda, lo que se dice en la introducción (pp. 2 ss.), sobre el "nosotros" del poeta: "E un 'noi', quello pronunciato da Tirteo, che può spettare solo a chi fa e si sente parte della città, un 'noi' politico... Chi parla come parla Tirteo non può essere né uno straniero né uno naturalizzato..." Es incluso lo más probable, a decir verdad (y ahí está el posible paralelismo con Calino, que se dirige a sus conciudadanos), y, con todo, la casi coetaneidad con Alcmán, los diversos objetos provenientes de Jonia, hallados en las excavaciones y en parte atestiguados en el *partenio I* (el mismo origen de Calino puede ahora utilizarse como argumento al revés), y este "laconio o milesio" de la *Suda*, además de los testimonios sobre su origen ateniense; todo ello deja aún un amplio margen a la duda, en mi opinión.

Es amplia e informada la discusión de Prato sobre la época de Tirteo y sobre la historia de Esparta en esta época: en todo caso, pensemos lo que sea sobre su nacionalidad, es bien cierto que los poemas de Tirteo hablan para los espartanos y a ellos se dirigen, y en este sentido su elegía "nella storia della antica Sparta e nel 'professionismo' artistico del poeta arcaico trova la sua prima origine e giustificazione", por lo cual es razonable lo que el editor dedica a las guerras mesénicas (pp. 27-47 de la introducción). Por otra parte, es por lo general ecuánime y exhaustivo el juicio sobre la bibliografía tirteica (pp. 8-26; cfr. 81-102). Entre las mejores páginas de la introducción deben contarse, a mi juicio, las dedicadas al estilo "arcaico" de Tirteo (pp. 59-62): con todo, parece sólo justificable con vistas al esquematismo de la exposición separar el estilo de la lengua (sin duda Prato es consciente de ello: ver la comparación de la lengua de Homero *Il.* x, 71 ss. con Tirteo 7, 21 ss., p. 50 y comentario al

lugar cit). Y además no deja de sorprender que el editor no se haya fijado en las comparaciones, no muy frecuentes, pero muy interesantes en la poesía de Tirteo: así en 5, 1-3 la comparación de los vencidos (¿los espartanos si no luchan con ánimo? Es la interpretación —y parece probable— de Prato), la comparación, digo, de los vencidos con asnos, obligados a llevar a sus señores la mitad de lo que la tierra les produzca, es de una gran eficacia, y responde, como gran parte de las comparaciones homéricas, a un referirse a datos de experiencia del oyente, que puedan fijar en una imagen lo que el poeta sugiere. Más complicado es el caso en 8, 5-6, en donde se recomienda considerar la propia vida como un enemigo y, en cambio (una *cheville rétrospective*, *mèn ... dé*, como dice Prato siguiendo a Van Groningen), considerar amigas a las Keres de muerte: además las tales son negras; con lo cual está bien marcada la polaridad: vida, por un lado, y muerte y negra por el otro (con los adjetivos cambiados, papel lógico en la estructura del poema), pero la amistad que el hombre debe a la muerte se explicita en una nueva antítesis (recuérdese la negrura) al aludir el poeta a los rayos del sol, que sí son realmente amables: con lo cual, la muerte en el campo queda desprovista de la negrura usual de la muerte, gracias a una comparación que hace de antítesis explicativa. La muerte sigue siendo objetivamente negra y dolorosa (cfr. 9, 35), pero las razones de Tirteo pueden hacerla brillante y luminosa, como los rayos del sol.

La edición es excelente, y el comentario, ajustado, puede ser de gran utilidad, por su riqueza en el uso de bibliografía y por el buen sentido, por lo común, moderado y razonable, del editor. La división del fr. 4 Diehl en tres partes (vv. 1-2, v. 3, vv. 4-8), según su fuente, es discutible, quizá, pero es en todo caso más prudente que la unión de los tres fragmentos de transmisión independiente. En cuanto a la autenticidad del fr. 3a Diehl = 14 Prato, no resulta sencillo decidirse. El argumento más importante en contra de la autenticidad, en la que Prato no cree tampoco, “è stato ritrovato giustamente nell'accumulo di epiteti attribuiti ad Apollo, che sembra l'espedito di un cattivo compilatore”; ahora bien, el verso 9,  $\delta\gamma\mu\omicron\upsilon\ \delta\epsilon\ \pi\lambda\eta\theta\epsilon\iota\ \nu\acute{\iota}\chi\eta\nu\ \kappa\alpha\iota\ \chi\acute{\alpha}\rho\tau\omicron\varsigma\ \epsilon\pi\alpha\sigma\theta\alpha\iota$ , sea cual fuere el sujeto de los dos anteriores, va dirigido al pueblo, a la masa de los ciudadanos, y si la intención del poeta es a favor del pueblo o de propaganda aristocrática dependerá, en último término, del sujeto que queramos atribuir a los infinitivos de los versos 8-9, pero lo que está claro es que la acumulación de adjetivos sobre Febo (vv. 1-2) responde al interés del poeta, quien sea, por avalar con un origen divino algo de lo que se atribuye al dios (en mi opinión los vv. 7-9, que no están en 3b D), así como la suerte de *Ringkomposition* con variante que es el verso 10, último, en el que el poeta vuelve a insistir en que “tal se reveló sobre estos puntos Febo a Esparta”. Resumiendo, yo diría que el énfasis en la verdad oracular de lo que se dice (vv. 1-2 y 10), así como el seguirse de ella “victoria y poder para la masa del pueblo” (v. 9), justifican la no autenticidad tirtea (o diferencian al menos claramente a este fragmento del siguiente en la edición de Diehl); pero la insistencia que digo tampoco me parece, como a Prato, “l'espedito di un cattivo compilatore” (p. 67 del comentario) ni creo que pueda hablarse de una “moderata tendenza all'ampollosità” (*ibidem*), como he dicho, porque la confrontación de ambos fragmentos, el 1b y el 14 Prato, explica y justifica la necesidad, para el autor del segundo, de poner su énfasis en la verdad oracular de lo que sigue.

En el aparato crítico hay que destacar el de lugares paralelos, hecho con mucha atención y con interesantes aportaciones, así como la exhaustividad del aparato crítico propiamente dicho. También el index verborum ha sido hecho con gran meticulosidad y puede ser muy útil.

En suma, Prato no ha solucionado todos los problemas en torno a Tirteo, pero se ha enfrentado a ellos con entusiasmo y ecuanimidad. Y nos ha dado una edición con comentario y una introducción que remozan y valoran todo el criticismo sobre el poeta arcaico. No parece aconsejable que los futuros editores o estudiosos olviden este libro, del que pueden sacar información y posiciones críticas razonadas.

THUMMER, Erich, *Pindar. Die Isthmischen Gedichte*, 2 vols. Carl Winter, Universitätsverlag, Heidelberg, 1968, 207 y 149 pp.

En dos volúmenes pulcramente editados nos ofrece el conocido filólogo austriaco un amplio comentario de las *Istmicas* de Píndaro, por cuya empresa debemos estarle agradecidos, pues no son demasiado numerosos los comentarios a las diversas partes de los Epinicios. En el primer volumen, que contiene una introducción general y el texto con la versión alemana, Thummer, tras realizar una crítica de los diversos métodos utilizados en la interpretación de Píndaro, se adhiere a la metodología de Schadewalt, sobre todo al principio según el cual el *genos* y su tradición tienen un valor decisivo para comprender el arte y la técnica del poeta. Thummer, pues, frente a los métodos biográficos e históricos, se propone hacer "estructuralismo", aunque ese estructuralismo se quede en última instancia, en un simple análisis de los elementos del "programa". Se ha quedado, pues, con sólo uno de los dos ingredientes que el mismo Schadewalt —siguiendo a Boeckh— distinguía en la oda pindárica. Thummer, acaso excesivamente pesimista respecto a las "intenciones del poeta y al modo de elaborar su programa", se ha contentado con establecer los elementos formales del Epinicio. Doblemente merecedor es, pues, de que se le apliquen las palabras que Norwood (*Pindar*, 232) dirigió al libro de Schadewalt: "The book suffers from a failure to understand what a poet is and does; also, from a failure to realize what a critic is and should do. With regard to Pindar, a critic's business is to answer questions raised by his odes: Schadewalt asks questions answered by his odes".

Los elementos formales del epinicio pindárico —podríamos decir del epinicio a secas, pues el autor no se ha preocupado por buscar y descubrir *lo pindárico*, sino lo genérico—"descubiertos" por el autor son: elogio de la victoria, elogio del vencedor, elogio de la familia del vencedor, elogio de la patria del vencedor, elogio de la felicidad que aporta la victoria, elogio del poeta; deseos expresados en la oda, partes decorativas (preludio y mito). Se pasa después a un análisis de los procedimientos empleados para establecer la relación entre los diversos elementos, para ocuparse en último lugar de los medios estilísticos usados para "reforzar" el elogio. Tal es el índice de lo que constituye "el arte pindárico del elogio". El espíritu del poeta, su arte personal, su manera de enfrentarse con el problema del "elogio", su credo, sí es que existe —al menos su credo estético—, son absolutamente ignorados.

El texto en que se basa Thummer es el de Snell, del que sólo en puntos muy concretos se aparta: *Ist.* II, 7, 10, 19; III/IV, 36, 74, 86; VI, 17, 25, 32, 36, 62; VII, 22, 28, 29; VIII, 10, 17, así como en algunos casos de puntuación. Sigue también a Snell en los esquemas métricos. El aparato negativo del Snell ha sido sustituido por otro positivo (innecesaria creemos la explicación de Thummer de qué es un aparato positivo, p. 15), acogiendo en él algunas conjeturas que considera interesantes (no todas por supuesto, pues en *Ist.* I, 61 no recoge la de Maas *πίπορον*, por ejemplo).

El comentario es muy amplio, no exento de repeticiones muchas veces innecesarias, y en él en no pocas ocasiones nos ofrece el autor interpretaciones nuevas (así la que propone en *Ist.* I, 10 sig.; I, 24 sig.; VI, 35 sig.) no siempre, empero, aceptables.

Su rechazo del método biográfico le ha llevado a eliminar, de las introducciones, toda referencia amplia a los elementos biográficos o históricos, limitándose a plantear el problema de la unidad de cada una de las Odas.

Un libro que prestará innegable utilidad a los estudiosos, pero con las limitaciones indicadas que rebajan un tanto los méritos, por otra parte innegables, del autor.

DAITZ, Stephen G., *The Jerusalem Palimpsest of Euripides. A Facsimile Edition*, Berlín, Walter de Gruyter, 1970, 32 pp y 71 láms.

El palimpsesto de Jerusalén (H), considerado en general como el códice más antiguo que existe de Eurípides (aunque recientemente Tuilier, *Recherches critiques sur la tradition du texte d'Euripide*, París, 1968, 175, ha pretendido rebajar un tanto la fecha, de un modo no del todo convincente), ha despertado comprensiblemente el interés de múltiples especialistas: Tischendorf, Papadopulos Kerameus, Horna, Spranger, Turyn, Barret. El autor de esta útil reproducción casi a la escala normal puede ofrecer un gran servicio a los editores de Eurípides. En efecto, no sólo nos ofrece una reproducción casi perfecta (léase, en el prefacio, la narración de las aventuras y dificultades con que tropezó para realizar su trabajo Daitz) sino una lista completa de las variantes y, sobre todo, siguiendo y ampliando los puntos de vista de Turyn, la conclusión de que "the content of each Euripidean manuscript cannot be considered as a monolithic structure to be related to one or another of the manuscripts as a single unit. Rather each manuscript must be regarded as a composite entity whose components the plays, were often taken from different sources" (p. 27). Sobre todo, del estudio de las tablas que ofrece el autor se concluye la gran afinidad de H con BM.

JOSÉ ALSINA

KORZENIEWSKI, Ditmar, *Griechische Metrik*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1968, 216 pp.

Dentro de la recién inaugurada colección "Die Altertumswissenschaft", y dedicada a su maestro Karl Rupprecht, bien conocido en el campo de los estudios métricos, el autor nos ofrece un sucinto tratado de métrica al que califica de "Einführung", pero sin que ello sea obstáculo a una intención más ambiciosa, la de ofrecer la posibilidad de una interpretación métrica. Consta de las partes siguientes: tras una breve nota bibliográfica (que debe completarse a base de la que en las notas va señalando el autor), sigue una parte general, consagrada a la nomenclatura métrica y a la definición de los principios más generales: metro, verso, período, estrofa. Es de señalar el amplio apartado dedicado a los ritmos básicos, al concepto de anaforas y, sobre todo, a los criterios principales que sirven para detectar una pausa, concepto que, como es bien sabido, es básico para una recta interpretación métrica. Se dedican unas páginas a las nociones de cesura y diéresis, al zeugma y a los principios de la prosodia.

Siguiendo después la división clásica, se ocupa, en primer lugar, de los "versos recitados": hexámetro dactílico (pp. 28-35), el dístico elegíaco (con unas páginas dedicadas al problema del "dactilo cíclico"), trimetro yámbico, con unas interesantes notas relativas a la "resoluciones" especialmente en los trágicos, el coliambo, el tetrametro yámbico y el tetrametro trocaico. Los versos cantados son divididos en *κατά μέτρον* y líricos. Dentro del primer grupo incluye, y va estudiando sucesivamente, los dactilos líricos, éstos con gran amplitud, e insistiendo siempre, como es tónica en el libro, en los ejemplos que hacen la doctrina más comprensible. ¡Lástima que sólo en algunas ocasiones, junto al esquema métrico, no se incluya también el texto! Siguen los anapestos, los yambos, los troqueos, los créticos, los coriambos (con un estudio del "dímetro coriámbico"), los jónicos y con el olvido de los docmiacos (que son, en el breve resumen final, recogidos y brevemente esquematizados). Los versos cantados no usados *κατά μέτρον* son objeto de un capítulo final, con una gran ilustración de ejemplos tomados de la tragedia y Píndaro especialmente. Son aquí estudiados los versos eólicos y los dactilo-epitritos. Lamentable no haber hablado de la ley "Irigoin".

JOSÉ ALSINA

*Pagine critiche di letteratura greca*, scelte e ordinate da U. ALBINI e A. LUPPINO, Florencia, Le Monnier, 1968, 647 pp.

En 1965 aparecía el libro *Pagine critiche di letteratura latina*, debido a A. Ronsini y F. Bornmann. La utilidad y sin duda la buena acogida de esa colección antológica de las mejores páginas escritas por los mejores tratadistas de la literatura romana han animado a Albiní y a Luppino a preparar un libro gemelo que, sin duda, será acogido con casi igual beneplácito. Y decimos casi porque, a juicio nuestro, un leve matiz diferencial distingue a los dos trabajos. Reside el pequeño matiz en el hecho de que en la obra dedicada a la literatura romana se hallaba subyacente una idea central, que daba sentido a todo el libro: la de plantear, a lo largo de toda la obra, las relaciones existentes entre la literatura griega y la romana, con lo que el libro nos ofrecía un amplio panorama del gran tema "tradicción y aportación personal" en la literatura de Roma (véase ahora, sobre el problema, G. Williams, *Tradition and originality in Roman Poetry*, Oxford, 1968).

Una idea básica central, paralela a la mencionada, está ausente del libro que ahora nos ocupa. Quizá era, por otra parte, más difícil hallar tal "pensiero dominante" en un libro sobre literatura griega. Por lo demás, se hace patente en los compiladores una cierta voluntad intencional: ofrecer el estado actual de la cuestión (el único texto que no pertenece al siglo xx, a excepción de uno de Gomperz, es de Rohde, y en cierto modo era obligado, pues se trata de unas páginas relativas a la novela griega).

En general, los autores han salido airosos en la empresa del ofrecer un panorama crítico de la literatura helénica. Personalmente discrepamos quizá en algunos casos. Del profesor Galiano, por ejemplo, del que se recoge un texto sobre Lisias, creemos que quizá habría sido más aconsejable reproducir algunas de las páginas de su *Safo*, que en ciertos momentos llega a poner auténticamente el dedo en la llaga. Homero es, acaso, el capítulo más completo, pues, aparte las páginas que se le consagran inicialmente, en un apéndice se recogen importantes textos sobre la cuestión homérica. Por lo que hace a la Tragedia, se echa de menos algún pasaje relativo al problema, hoy candente, de las relaciones entre destino y voluntad humana. Pero, en general, las grandes cuestiones actuales están presentes: el papel de la política en Esquilo está representado por unas páginas de G. Thomson; pero quizá habrían sido útiles unas alusiones a la polémica Lloyd-Jones/Kitto acerca de Zeus en Esquilo; como asimismo habrían sido bien recibidos algunos textos sobre el estilo de los trágicos y su técnica (laguna que contrasta con los cuatro textos consagrados al estilo de sendos líricos). En el apartado que se reserva a Aristófanes no se reproduce ningún texto sobre la posición política del autor, ni se recoge nada sobre su técnica escénica. El capítulo de la filosofía es desconcertante: sobre Heráclito y Empédocles, ningún texto; de Aristóteles se recogen sólo aspectos parafilosóficos (poesía e imitación, concepto de historia). Ni una alusión a lo que, en un libro sobre "literatura", esperaríamos: la lengua y el estilo de los pensadores, la filosofía como género literario, formas mentales, etc. Algunas cuestiones hoy candentes son absolutamente ignoradas (autenticidad de la Carta VII de Platón, la génesis del pensamiento aristotélico, Aristóteles como escritor). Finalmente, ni una palabra sobre el Corpus hipocrático, ni sobre la ciencia en general.

Sobre las páginas seleccionadas para ilustrar la literatura histórica, diremos que ni Eforo ni Teopompo son incluidos, acaso por la tendencia de los compiladores a no incluir autores cuyos textos sean fragmentarios en demasía, aunque debe notarse que en el capítulo sobre la época helenístico-romana tampoco se incluye ni a Dioniso de Halicarnaso ni a Diodoro de Sicilia. La inclusión de textos sobre los novelistas en el período helenístico es un tanto sorprendente, así como el silencio relativo a la segunda Sofística en general (sí Luciano; pero no los Filóstratos ni Eunapio, ni Elio Arístides). Sorprendente es, en fin, el absoluto silencio sobre la literatura posterior al siglo II: como si con Luciano (que es estudiado antes que Plutarco) terminara realmente la producción griega, con lo que ni Nonno, ni Museo, ni Coluto, ni Trifiodoro, ni Himerio, ni Temistio, ni Libanio figuran para nada en la selección.

Tampoco hallamos textos sobre la literatura judía en lengua griega (Filón, Flavio Josefo y, quizá por ello, tampoco el Pseudo-Longino), aunque sí se reproducen unas palabras de Jaeger sobre literatura cristiana con elementos hebraicos y griegos.

Un libro útil, en fin, pero con las limitaciones señaladas, de las que, por otra parte, tienen plena conciencia los compiladores (cfr. el Prefacio).

JOSÉ ALSINA

FÜHRER, Rudolf, *Formproblem-Untersuchungen zu den Reden in der frühgriechischen Lyrik*, Munich, Beck, 1967, 169 pp. (Zetemata, Heft 44).

Nos hallamos en presencia de un libro orientado en la más pura tradición filológica y cuya finalidad, muy concreta, es investigar un tema estrictamente formal: la estructura de las "rheseis" en la lírica arcaica, sobre todo en lo que concierne a las fórmulas de introducción y conclusión o cierre de las mismas. El autor se ha impuesto determinadas autolimitaciones: en el aspecto cronológico, se propone simplemente estudiar la lírica arcaica "diesseits des neuen Jungattischen Dithyrambus"; en el aspecto del contenido, se limita a los "poetae melici".

El punto de partida de Führer es el trabajo de Fingerle (*Typik der homerischen Reden*, Diss., Munich, 1944), inédito, que analizó, desde un ángulo tipológico, los discursos homéricos; Führer realiza un serio y pormenorizado estudio de las desviaciones que, en la lírica arcaica, se pueden observar en los poetas arcaicos.

El trabajo está dividido en dos partes bien diferenciadas: de un lado, el encuadramiento de los discursos (*Umrahmung der Rede*, pp. 1-106); de otro, los discursos en sí (107-144). Finalmente, nos ofrece el autor unos breves "excursos", una selecta bibliografía y una lista de lugares citados que hacen manejable el trabajo.

En la primera parte, y al lado de una serie de temas formales, entre los que destacaremos un análisis de las desviaciones que se producen en la lírica arcaica de los procedimientos homéricos —es de señalar el interés que ofrece el cuadro de la p. 9 donde Führer nos ofrece una importante estadística de las variaciones de la lírica con respecto a Homero— son analizados los verbos que sirven para introducir el discurso, fórmulas de cierre de los mismos, discursos sin cierre, relación entre los discursos y la métrica, etc. La segunda parte se ocupa de los discursos en sí mismos, y traza una tipología de lo mismos: discursos que contienen profecías, lamentos, imprecaciones, estilo de los mismos.

Se trata, en conclusión, de un útil instrumento de trabajo enfocado bajo la rúbrica "De Homero a la lírica", tan del agrado de la escuela alemana y que ha dado libros excelentes como algunos de Snell (cfr. su último trabajo *Tyrtaios und die Sprache des Epos*, Gotinga, Vandenhoeck-Rupprecht, 1970; o su libro anterior *Poetry and Society*, Indiana, Bloomington, 1968), de Treu (*Von Homer zur Lyrik*, cuya segunda edición acaba de ver la luz) y H. Fränkel (*Wege und Formen frühgr. Denkens*).

JOSÉ ALSINA

YOUNG, David C.: *Three Odes of Pindar. A Literary Study of Pythian 11, Pythian 3 and Olympian 7*. Leiden, Brill, 1968, XI, 133 pp.

No se trata, como el título podría hacer suponer, de un "estudio literario" en el sentido tradicional del término, en el curso del cual el autor analice los elementos variados de cada uno de estos tres poemas. Se trata de ejemplificar, a través de tres odas pindáricas, escogidas como quien dice al azar, el principio básico según el cual una oda de Píndaro no debe interpretarse, de acuerdo con la visión tradicional, como un documento de la biografía del poeta, sino como una auténtica obra artística, con todas las consecuencias que de esa actitud hermenéutica derivan.

La crítica positivista, e incluso algunas corrientes de la moderna crítica filológica, ha sentido el postulado según el cual las Odas de Píndaro contienen numerosas alusiones a hechos concretos que sirven a sus intenciones personales. De ese principio se derivan, naturalmente, consecuencias de gran alcance: falta de unidad artística y, sobre todo, la creencia de que la obra del poeta está llena de elementos polémicos contra sus rivales, o de apologías de su propia actitud.

En un trabajo que el propio Young ha calificado, en otra ocasión, como "la obra más importante de este siglo" en el campo de los estudios pindáricos, Bundy (*Studia Pindarica*, Berkeley-Los Angeles, 1962) atacó en su raíz el método "autobiográfico", sentando las bases de una nueva metodología. En honor a la verdad, empero, hemos de señalar que el intento de Bundy conoce importantes precedentes, el más interesante, a juicio nuestro, el de Norwood.

Young se ha propuesto, pues, sin aprobar todos y cada uno de los principios de Bundy, desarrollar sus bases metodológicas y aplicarlas al estudio de tres Epinicios.

El primer capítulo está dedicado a la Pítica XI, sin duda una de las más enigmáticas de la colección pindárica. La interpretación wilamowitziana parte de la idea de que en esta Oda Píndaro intentaba defenderse de las acusaciones de ser un "agente" de los tiranos de Sicilia. Los críticos que, después de Wilamowitz, han intentado entender la Oda, a excepción de Norwood que ha osado una interpretación originalísima, simbolista, coinciden con el filólogo alemán en ver en el mito central referencias al propio Píndaro: ya se afirma, como Bowra, que el asesinato de Clitemnestra es una profecía de la caída de Atenas, ya, como hizo Duchemin, que la Casandra del poeta es el propio Píndaro, con lo que el poema adquiere un carácter especial: se puede asesinar a un intérprete del dios, pero éste, al final, vengará su muerte.

La tesis de Young es que, en la Pítica XI, tenemos el tratamiento de un *topos* literario bien conocido en la Grecia arcaica: "no desear la tiranía", *topos* del que Young traza ampliamente la historia (olvidando el tema tocado por Jenofonte en el *Hierón*, y que puede ser un eslabón en la cadena). A su juicio, hay una íntima relación entre el tema del mito (el regreso de Orestes a su hogar) y el de Trasideo.

En su visión de la Pítica III es menos original: acepta la interpretación general de que se trata de un poema por medio del cual Píndaro intenta consolar a Hierón, "pero los medios de esa consolación no son los que tradicionalmente ven los críticos" (p. 68). Y concluye que el poeta no consuela a Hierón con agradables historias acerca de la medicina, sino que le promete nada menos que la inmortalidad. Sigue, pues, más o menos de lejos, la tesis de Duchemin.

La Olímpica VII, cuya unidad defiende asimismo Young, es un "poema que tiene como tema la naturaleza: una isla floreciente y un próspero habitante de ella, y, como muestra de su florecimiento, su victoria olímpica y el hecho de que Píndaro haya escrito una oda para él" (p. 105).

En dos apéndices se estudia el tema de la "lejanía y la proximidad", y la estructura de la Olímpica I.

JOSÉ ALSINA

DE ROMILLY, Jacqueline, *Time in Greek Tragedy*, Ithaca (N. Y.). Cornell University Press, 1968, 179 pp.

El presente libro de la ilustre profesora francesa recoge, en esencia, el texto de unas conferencias pronunciadas por la autora en la Cornell University, en 1967. De Romilly se propone explorar un campo por desgracia poco estudiado: el concepto y el valor del tiempo en la tragedia griega y las diferencias de concepción en los tres grandes trágicos.

El problema filosófico del tiempo no ha dejado, por supuesto, de ser abordado por filólogos e historiadores de la filosofía griega: la misma Romilly cita, en el umbral mismo de su obra, y como justificación de su trabajo, las lagunas existentes, no sin mencionar algunos de

los más valiosos estudios sobre el tema (H. Fraenkel, Degani, Accame, Onions, Treu, La Harpe) que, por supuesto, es una lista fácil de aumentar (por ejemplo, no cita el interesante estudio de van Groningen, *In the Grip of the Past*, Leiden, 1953, ni el trabajo de P. F. Conen, *Die Zeittheorie des Aristoteles*, Munich, Beck, 1964).

Romilly parte del principio de que "time shows through change" (p. 5), y, en este sentido, la tragedia griega tendrá una íntima relación con el tiempo, pues lo esencial de la tragedia griega es un proceso, un cambio que conduce de una situación feliz a una situación desgraciada, de acuerdo con las palabras aristotélicas. Traza, en el primer capítulo, la "importancia del tiempo", señalando las diferencias básicas entre epopeya y tragedia en su relación con el tiempo: en el género trágico domina, frente a la epopeya, "concentración, intensidad, funcionalismo de la escena". La palabra *crisis* resume, para la autora, el rasgo esencial (cfr. p. 12 s.). Esa tensión, esa crisis explica que el pasado tenga tanta importancia en la tragedia, y la reflexión sobre esos hechos explica, a su vez, que pueda hablarse de una especie de "filosofía trágica del tiempo". Por supuesto, cada autor se caracterizará por su propio enfoque del tiempo: así, mientras en Esquilo lo que predomina son las conexiones distantes, las relaciones entre el presente y el pasado (que provoca un angustiado temor, como ya demostró la autora en un libro suyo anterior), con una gradación de crisis de escena a escena y de tragedia a tragedia (en las trilogías), en Sófocles la acción es más compleja, con un predominio de la sorpresa dramática (p. 15 y sig.). En Eurípides, en fin, podemos decir que, si bien en algunos casos la técnica es sofóclea (se inicia la obra en plena crisis, como en el caso de *Alceste*) en otros se ha abandonado la técnica del "climax": las crisis tienden a resolverse en incidentes varios e independientes.

En este mismo capítulo introductivo, tras esa discusión de carácter general, la autora pasa a estudiar las diferencias básicas existentes entre el concepto general trágico de tiempo-crisis y el nuestro, señalando que la tendencia general griega al sistema explica que las crisis trágicas griegas sean de corta duración, como explica asimismo que, contra nuestra sensibilidad se rompa la *urgencia* entre dos episodios intercalándose un canto coral, que son o descansos o contrapuntos del diálogo. Profundizando un poco más, afirma la autora que en Esquilo esos cantos corales —enormemente largos— son el lazo entre el presente y el pasado: pero en Esquilo el pasado no es sólo pasado, y ello explica (p. 26) que los muertos interfieran con tanta frecuencia con los vivos. En Sófocles, el pasado puede mencionarse como algo que tiene rasgos semejantes al presente (recuérdense los casos frecuentes en que un coro remonta a hechos míticos que se asemejan al caso concreto en que se encuentra el héroe, como ocurre en *Traquinias* y *Antígona*); en otras ocasiones el coro pasa de la contemplación de un suceso particular a una reflexión general, dotando al hecho en cuestión de "a poetic and non temporal shadow" (30). En el caso de Eurípides, cabe afirmar que sus cantos corales son, en no escasas ocasiones, verdaderas "huidas" al pasado, a lo imposible, al mundo de la irrealidad y de la fantasía.

El capítulo segundo se ocupa del problema de la personificación del tiempo en la tragedia. El tercero está consagrado al problema del tiempo en cada uno de los tres trágicos, concretando la general caracterización esbozada en el capítulo primero: en Esquilo, el tiempo es el factor que "trae" la justicia. El castigo llega "con el tiempo" (*syn chronò*). Sus personajes, por ello, viven inmersos en un clima de angustia y expectación. En Sófocles, el tiempo no es ya el medio de que se sirve la Justicia: es, más bien, la causa de la inestabilidad de la existencia humana (p. 88). Se insiste menos en el problema "teológico" de los "retrasos" de la justicia divina que en la "sudden intrusion of God's will in human life" (88). Por lo que se refiere a Eurípides, Romilly (p. 113-141) señala (siguiendo, sin citarlo, el estudio de Krause, *De Euripide Aeschyli instauratore*) cómo este trágico ha intentado, en no pocas ocasiones, renovar la tradición esquiléa (sobre todo en las *Bacantes*), aunque sin conseguirlo del todo. Insiste, sobre todo, la autora, en el papel que desempeña el "día": "Una vez privada de su complemento optimista, la idea de la inestabilidad de la existencia humana como consecuencia del tiempo era un tema perfecto para el pesimismo euripídeo" (p. 118). Cabría comparar esa insistencia del poeta en el papel trascendental del "día" (cfr. *Hec.* 285: "un solo día me

arrebató toda la felicidad”), con el verso de Calderón: “en un día nace un hombre, y muere”, de *El Alcalde de Zalamea*.

El libro se cierra con un estudio de las edades de la vida en los trágicos. ¿Qué han pensado de juventud, madurez, vejez los tres grandes trágicos atenienses? Esquilo insiste en que, con la edad, se llega a la sabiduría. En Sófocles, hallamos frecuentes lamentaciones sobre la vejez, que significa pérdida de vigor físico y de fuerza espiritual. (Aquí la autora habría podido comentar el texto de Platón, *Rep.* I, 329 *b* y *s*, que nos ilustra sobre la actitud personal del poeta acerca de la vejez, algo más matizada de lo que opina la autora.) En Eurípides los lamentos por la vejez parecen adquirir un tono más personal. Vejez significa, en él, ruina completa (p. 162; la mejor definición de los ancianos eurípidés es, en este sentido, a juicio nuestro, lo que dice Masqueray en su libro *Eurípide et ses idées*: los viejos son “des ombres chevrotantes, incertaines”. El texto no lo cita Romilly).

Romilly nos ha ofrecido, en este libro, un magnífico complemento a su trabajo anterior *L'évolution du pathétique*, escrito con los mismos criterios y con métodos muy semejantes. Se trata de una interesante aportación al estudio de la tragedia que se lee con mucho interés y del que pueden sacarse buenas lecciones.

JOSÉ ALSINA

Carlos MIRALLES, *Tragedia y Política en Esquilo*, Barcelona, Ariel, 1968. 254 págs. (Colección Convivium, núm. 7).

Tal vez sea Esquilo uno de los casos en que se muestra más claramente hasta qué punto la interpretación de un autor antiguo puede estar condicionada por la *Weltanschauung* de sus intérpretes modernos. En todo caso, la interpretación de Esquilo durante los últimos cien años ha seguido una evolución que no parece inconexa con la evolución general de las ideas en el mismo lapso de tiempo. Para los filólogos románticos e historicistas, Esquilo no era más que el creador de la tragedia y de lo trágico. Wilamowitz no quería ni oír hablar de una interpretación política de Esquilo. Luego tendió a prevalecer la idea de que Esquilo — junto con Píndaro— tenía que ser considerado como el último gran representante de las esencias tradicionales de Grecia, como un digno conservador que sabía valorar todavía los tesoros del pasado. Ahí estaban para confirmarlo el juicio aristofánico de las *Ranas* —que nadie pensaba que pudiera ser maliciosamente deformante, la glorificación del Areópago en la *Orestíada*, o la constante apelación a un orden de justicia celosamente guardado por un Zeus que no parecía muy distinto del que presentara el arcaico Hesíodo. Estas ideas, defendidas por K. O. Müller y propagadas por Sidgwick, eran como las premisas inconscientes de la tesis de Schmid que negaba rotundamente que una pieza como el *Prometeo* —tan progresista y revolucionaria— pudiera ser obra de un dramaturgo tan universalmente reconocido como conservador. La reacción no se hizo esperar, y en estos últimos años hemos visto toda una serie de estudios que pretenden mostrar que Esquilo, lejos de ser un hombre que vivía del pasado, fue un hombre muy de su tiempo, que favoreció por lo menos la democracia moderada (Livingstone), que estuvo muy atento a la gran revolución social que tuvo lugar en el siglo v (Dodds) y aun llegó a ser de una manera más o menos directa paladín de los ideales de la democracia radical de Temístocles y de Pericles (Forrest, Podlecki, Golden, Davison). El libro de Miralles podría situarse dentro de esta nueva línea de interpretación de un Esquilo que no resulta en nada conservador ni arcaizante, si no es en algunos aspectos más bien formales. Lo más original del estudio de Miralles es su intento de relacionar la postura política de Esquilo con su concepción de lo trágico y su interior evolución espiritual. Es interesante notar cómo Miralles llega a sus conclusiones en buena parte independientemente, de los estudios más recientes sobre el tema (algunos de los cuales no pudieron, evidentemente, llegarle al tiempo en que elaboraba su estudio), porque ello muestra que una cierta convergencia interpretativa a partir de distintos puntos de vista.

El punto de partida de Miralles fue, como nos dice él mismo (p. 217), el problema

de la coherencia ideológica del *Prometeo* con el resto de la obra esquílea. Miralles ha reemprendido sumariamente la tarea de argüir en favor de la autenticidad del *Prometeo* a las razones métricas y estilísticas (trabajadas por Yorke y por otros) ha añadido, siguiendo la línea iniciada por Herington, otras razones basadas en el análisis del uso de la esticomitía y de los "cuartetos" de trímetros yámbicos, que ofrece en el *Prometeo* claras analogías con el uso de la *Orestíada*. El argumento tal vez no tenga fuerza de prueba definitiva, pero es un indicio más en favor de la tesis que considera el *Prometeo* posterior a la *Orestíada*, y la última de las obras conservadas de Esquilo. Miralles es casi enfático en este punto, y se suma a los que creen que el *Prometeo* fue escrito en Sicilia poco antes de la muerte del poeta en Gela, en 456. El análisis ideológico que Miralles hace de la pieza, y de lo que puede conjeturarse del resto de la trilogía, es minucioso y profundo: como conclusión, en una línea semejante a la de Croiset y Séchan, concibe que Esquilo presenta una evolución interior del mismo Zeus, quien viene a ser enseñado, como los mortales, por la experiencia de la realidad de las cosas, y pasa de ser un dios violento y áspero a ser un dios "cívico" dentro de un orden de justicia. Esta evolución no hubiera tenido lugar sin la oposición trágica de *Prometeo*: de ahí el relieve que toma en la pieza conservada la rebelión de *Prometeo*. "No hay Efiltes ni Pericles sin Clístenes: esto es todo lo que el anciano demócrata quiere decir a sus contemporáneos" (p. 246).

Esta como conclusión del libro puede dar idea de la línea interpretativa que Miralles propone para las demás obras esquíleas. Sería prolijo pretender seguir aquí todos los pasos de su análisis, que si tal vez no siempre llegan a conclusiones absolutamente convincentes, rara vez dejan de ser al menos sugerentes e iluminadores. Miralles encuadra la evolución sociológica de la que Esquilo es testigo y expresión dentro del esquema de una evolución desde una "cultura de vergüenza" a una "cultura de culpabilidad", aplicado ya al mundo griego por Dodds y otros. El cuadro ayuda a comprender el "eticismo" de Esquilo, aunque tal vez no quede con ello todo clarificado, pues siguen coexistiendo con la cultura nueva reliquias indelebles de la vieja. Hubiese sido deseable una mayor detención en las incongruencias que quedan en Esquilo después de sus reconocidos intentos por moralizar las concepciones arcaicas de la fatalidad trágica. Es evidente que Esquilo *tiende* hacia un esquema lineal como el que Miralles resume en la pág. 96, pero el material mítico y el mismo sentido trágico y humano del poeta no siempre pueden plegarse a este esquema, porque, en definitiva, la experiencia de lo que acontece a los hombres no siempre confirma que toda desgracia trágica sea culpable, y hay demasiado dolor en el mundo que parece gratuito. A nivel explícito y consciente, Esquilo "racionaliza" la experiencia trágica, pues no en vano vivió los momentos de gestación y apogeo del racionalismo helénico. Ejemplo prominente de esta actitud racionalizada podrían ser los coros del *Agamenón* 369 ss. y 450 ss. Pero la intuición última existencial de los mitos y del mismo poeta hacen sentir que la reducción racional absoluta del problema trágico es imposible. Aun cuando los males procedieran siempre de un error o de una culpa, queda siempre la pregunta inevitable y turbadora: ¿Pero, por qué yerran y pecan así los mortales? Aquí toda respuesta racional parece inadecuada, y el que quisiera darla estaría en trance de acabar con lo más profundo de la tragedia.

No quiero acabar esta nota sin referirme a una cualidad muy peculiar del estudio que comentamos: Miralles ha leído a Esquilo teniendo como trasfondo todos los problemas del hombre de hoy y casi toda la literatura moderna que se enfrenta con estos problemas. Las referencias a lo mejor de la literatura contemporánea son constantes. Programáticamente profesa el autor en la introducción que la tarea filológica se justifica por su incidencia en la realidad viva de la existencia de los hombres de hoy. Nada hay que objetar contra el principio en sí, aunque su aplicación práctica tiene sus riesgos. Posiblemente lectores distintos juzgarán diversamente del éxito que Miralles haya tenido en este punto, ya que el juicio al respecto depende en gran parte de la visión que uno tenga acerca de la situación actual y perenne de la existencia humana. Lo que no podrá negarse es que Miralles da muestras de una gran sensibilidad y una gran honradez humana.

PARLAVANTZA-FRIEDRICH, Úrsula, *Täuschungsszenen in den Tragödien des Sophokles* (Untersuchungen zur antiken Literatur und Geschichte, 2), Berlin, W. de Gruyter, 1969, 109 pp.

El tema "mentira", "engaño", "ironía" es básico en la tragedia griega y por ello no es raro que haya sido abordado con cierta profundidad: Trautner abordó en su día el tema de la ambigüedad en los tres trágicos (*Die Amphibolie bei den drei gr. Tragikern*, Diss. Erlangen, 1907), que Stanford amplió (*Ambiguity in Grek Literature*, Oxford, 1939). El tema del "engaño" ha sido abordado en sendas ocasiones por Solmsen (*Philologus*, 81-1932, 1 y ss.) y Deichgräber (en el primer capítulo de su libro *Der listensinnede Trug des Gottes*); y mientras Strohm ha consagrado interesantes páginas al "engaño y el desengaño" en Eurípides (*Wüzbürger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft*, 4, 1949-50, 140 y ss.) la autora de la presente monografía estudia el mismo tema en Sófocles. Falta, a lo que creemos, un estudio paralelo para Esquilo.

La autora divide su trabajo en dos partes: en la primera (*Einzeluntersuchungen*, 7-72) aborda el estudio de cada una de las tragedias conservadas desde el punto de vista del "engaño". En la segunda parte se realiza una aplicación de las conclusiones obtenidas a la acción dramática, al estilo y a los efectos que ese "engaño" provoca en el espectador. A diferencia de lo que ocurre en Eurípides, sostiene la autora que en el caso de Sófocles no tenemos un esquema fijo y que, por otra parte, se trata, en el trágico de Colono, de "mentiras" que apenas repercuten en la intriga, sino que son simples medios. En *Electra* y *Filoctetes* la intriga es el motor principal; en *Ajax*, *Traquinias* y *Edipo en Colono* el engaño sólo juega su papel en escenas aisladas.

El trabajo contiene interesantes y atinadas observaciones sobre aspectos concretos de la técnica dramática sofóclea. En algunos casos, sin embargo, creemos que la autora se ha dejado llevar por una cierta precipitación: por ejemplo, cuando (p. 7, n. 8) pretende demostrar que, en la escena inicial del *Ajax*, éste no ve a Atenea basándose en que Tecmesa afirma que Áyax hablaba con una sombra: pero hay que partir de la base de que Tecmesa no podía ver a Atenea, mientras que Áyax es, por lo menos, posible que sí la podía percibir.

JOSÉ ALSINA

LONG, A. A: *Language and Thought in Sophocles. A study of abstract nouns and poetic technique*, Univ. of London, The Athlone Press, 1968, XIV, 186 pp.

El aspecto de la tragedia sofóclea que preocupa más actualmente quizá sea su relación con el ambiente contemporáneo, la actitud de Sófocles ante el panorama espiritual, abigarrado y complejo, del siglo de Pericles en Atenas. Es un fenómeno que tiene paralelos con la actual investigación sobre los otros trágicos, en especial sobre Esquilo, y que se manifiesta, en fin, en el intento por fijar lo que podríamos llamar la evolución espiritual de cada uno de ellos. Como siempre, hay problemas áridos de cronología, de interpretación del sentido político o cultural de escenas o incluso de obras difíciles bajo algún punto de vista. El presente libro del prof. Long, que en principio podríamos llamar de análisis estilístico, resulta no haber escapado a esta problemática; al contrario, así como últimamente se usan razones de estructura métrica para aclarar en lo posible el problema cronológico, Long cree que el estudio, en especial, de los nombres abstractos en la técnica poética de Sófocles puede aclarar, en cierta medida, la cuestión de la actitud de este trágico en el ambiente político cultural de su época. Haberse fijado en los abstractos es evidentemente el primer acierto de Long (que tiene otros muchos), como consecuencia, según él mismo dice (pp. 7-8), de la "increasing importance of abstract terminology during the fifth century". Y por ahí es por donde se pueden replantear y confrontar puntos de vista encontrados como los de D. W. Lu-

cas, W. Jaeger o V. Ehrenberg, o el mismo Rodríguez Adrados, entre los que Long no cita.

Lo que Long propone responde a la mejor tradición de la objetividad británica: no tomar partido sino después de haber analizado, en el ambiente de su época, lo que pueda significar el uso (o el no uso) de unos determinados abstractos en Sófocles y en cada una de sus obras; en este sentido las estadísticas que el autor adjunta, comparando los usos entre las diversas obras de Sófocles (pp. 30 y 37), son una buena referencia sobre su cronología, máxime porque coinciden casi siempre con los resultados del estudio de las estructuras métricas a que antes nos referíamos.

Lo mejor de este libro es, a mi entender, el que la metodología del autor pueda calificarse de exacta e intachable; y el que de la aplicación rigurosa de tal metodología resulte claro que Sófocles se debatió en todas las corrientes de inquietud cultural de su tiempo (p. 167): "the use which he made of Presocratic thought, particularly Heraclitus, his medical knowledge and concern with politics, and the interest which he shows in sophistic attitudes and arguments, all exemplify a mind which was completely involved in the intellectual life of fifth-century Athens". La consecuencia de esto sería sin duda erróneo creer que pueda ser un Sófocles avanzado y radical; hay en Sófocles, como se ha insistido muchas veces, una ideología que entronca de algún modo con lo arcaico, con la *indefensión* del héroe, con la concepción por ejemplo herodótea, que tanto tiene de arcaica; pero esto no impide que Sófocles viva realmente en su época y que afronte la nueva problemática que ésta comporta. La última conclusión de Long es que "from the language and thought of his predecessors and contemporaries Sophocles developed a style which is completely his own" (p. 169); este estilo, como suele suceder, refleja *su propia* visión de su circunstancia histórica, que debe, sin duda, mucho a sus predecesores y a sus contemporáneos, pero que el poeta ha logrado hacer *suya propia*. Ni la conclusión de Lucas ni la de Jaeger ni la de Ehrenberg son más que reflejos parciales de la actitud sofóclea: ni vive con los ojos vueltos al pasado, simplemente, ni se resiste siempre a las nuevas corrientes, ni cree sistemáticamente que la mejor religiosidad es la antigua, ni tampoco reacciona siempre con una mentalidad "receptiva y activa". Simplemente: su gloria está en haber logrado reflejar en unas particularidades de estilo y, en general, en un estilo propio, su propio pensamiento, en su época y habiendo recibido la influencia de la tradición, claro está, pero propio.

Señalemos por último que los índices han sido hechos con cuidado y exactitud, y que el lector que los consulte hallará cantidad considerable de textos poéticos, especialmente sofócleos y trágicos, analizados siempre con interés y con brillantes aportaciones. El libro es, además, de una impresión esmerada, sobria y muy elegante, y está escrito con una calidad que rivaliza con la de la impresión.

CARLOS MIRALLES

IMMERWAHR, Henry R., *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, Published for the American Philological Association by the Press of Western Reserve University, 1966, XV, 374 pp.

El creciente interés por los aspectos no científicos de la historia, así como el mejor conocimiento que hoy tenemos del pensamiento griego antiguo, ha motivado modernamente la aparición de numerosos estudios destinados a revalorizar la obra histórica de Heródoto. Henry R. Immerwahr, buen conocedor de la amplia bibliografía herodótea, nos ofrece un nuevo trabajo indicándonos, en la Introducción, en qué puntos discrepa de algunos estudios anteriores y cuál es, a su juicio, el método más apropiado para llegar a un buen conocimiento de la visión histórica de Heródoto. No pretende Immerwahr investigar directamente los méritos de Heródoto como historiador, sino realizar un análisis de la obra herodótea "as it stand", dejando aparte los problemas genéticos que han preocupado a otros estudiosos. Su deseo es, principalmente, revelar la estructura de las *Historias*, puesto que —como

él mismo explica en la Introducción— la obra de Heródoto “exhibits a particularly close connection between truth and tradition in the arrangement and unification of divergent stories from the past, its form presents the main clue to its underlying conception of history. The best method of studying Herodotus seems to us a close investigation of narrative structure, and of the stylistic means by which this structure is wrought” (pág. 7). Poner de manifiesto la unidad de estilo y de estructura, la conexión existente entre las diversas pequeñas partes que forman la obra herodotea, constituye el objetivo principal de Immerwahr, para poder demostrar, a partir de esta unidad estructural, la existencia de una verdadera filosofía de la historia en Heródoto, en quien forma y pensamiento se hallan en íntima relación; a este objetivo están dedicados los tres primeros capítulos del libro que reseñamos: *The subject of the Histories, Style and Structure* y *The Units of the Work*. Los capítulos IV y V (*The Pattern of History: The East* y *The Pattern of History: The West*) exponen las líneas principales del pensamiento histórico de Heródoto según las consecuencias derivadas del análisis de la estructura de su obra. En el VI y último capítulo (*The Great Battles of the Persian Wars*), el autor, mediante un estudio bastante detallado de las escenas bélicas de las *Historias*, pone de manifiesto que Heródoto apenas se interesa por el simple hecho militar de las batallas, y que, si recurre frecuentemente a la explicación de situaciones tácticas, lo hace atendiendo a su valor simbólico y dramático; la descripción de la batalla en sí suele ser siempre breve; por el contrario, son abundantes las anécdotas y los episodios relacionados con ella, puesto que es a través de estas digresiones que logra caracterizar a los pueblos y a los acontecimientos. Finalmente, completa el libro una Conclusión (*History and the Order of Nature*) dedicada a estudiar algunos aspectos de la filosofía herodotea de la historia, que no han sido desarrollados en los capítulos precedentes.

En conjunto, el libro de Immerwahr nos ofrece un buen análisis del estilo y estructura de las *Historias*, y aporta una serie de valiosas interpretaciones acerca del pensamiento histórico de Heródoto. Veamos algunas de sus principales conclusiones:

— El conflicto entre Oriente y Occidente, mencionado en el Proemio, no puede ser considerado como el tema principal de las *Historias*, como creía Pohlenz, puesto que hay multitud de narraciones del todo ajenas a este conflicto: así, por ejemplo, los relatos de las guerras orientales en las que los griegos no participan. Pero tampoco es posible definir la obra de Heródoto como una historia completa del Este. De ahí que Immerwahr concluya que el tema de las *Historias* —si excluimos el comienzo y el final— consiste primordialmente en una narración del desarrollo del poder asiático y de las diversas campañas realizadas por los monarcas orientales, principalmente de aquellas que fueron dirigidas contra los griegos.

— La unidad estructural de las *Historias* viene determinada, fundamentalmente, por dos grupos de composiciones que configuran la narración histórica de Heródoto: los Orígenes y las Campañas, a los cuales están subordinados los *logoi* etnográficos, a pesar de su notable extensión.

La obra, en conjunto, no sigue un ritmo regular; las distintas narraciones están mezcladas sin guardar proporciones. Sólo los *logoi* se sujetan generalmente a un tipo de composición determinada: su principio y su final están tratados con especial énfasis.

— Como Legrand, tampoco Immerwahr acepta la división en libros y capítulos admitida tradicionalmente. Immerwahr describe la obra de Heródoto como un *logos* compuesto de *logoi* más pequeños, y con un particular énfasis al comienzo y al final. Basándose en la clasificación de estos *logoi*, Immerwahr propone la división siguiente: 1) Proemio (I, 1-5), 2) El *logos* de Creso (I, 6-94), 3) Orígenes de Persia y Ciro, y su entronización (I, 95-140), 4) Las campañas de Ciro (I, 141-216), 5) Las campañas de Cambises (II, 1-III, 38), 6) La guerra espartana contra Polícrates de Samos (III, 39-60), 7) La revuelta de los Magos y la entronización de Darío (III, 61-87), 8) El poder de Darío (III, 88-116), 9) Las cinco anécdotas (III, 117-138), 10) Las campañas de Darío (III, 139-VI, 140) y 11) La campaña griega de Jerjes y Mardonio (VII-IX).

— Los monarcas orientales, así como los caudillos griegos, siguen, en las *Historias* de Heródoto, un curso ascensional que, llegado a un límite, origina su ruina.

— La expansión ilimitada de los persas vino a romper el orden natural establecido, según el cual Europa y Asia eran dos continentes iguales y separados. Para perpetuar el orden mundial, se hace necesario el destino trágico de los Estados y de los individuos; y quienes garantizan este orden son los dioses. De ahí la importancia de la actuación de los dioses en la obra de Heródoto.

Por último, queremos hacer notar el acierto del autor en añadir, al final, un índice de los *logoi*, secciones y pasajes comentados que convierte el libro en una obra de consulta muy útil para el lector de las *Historias*. Cierra el volumen un Índice General que no sólo comprende los nombres propios, sino también los términos más importantes usados por Heródoto, así como los principales temas tratados.

MONTSERRAT ROS

FLASHAR, Helmut, *Der Epitaphios des Perikles. Seine Funktion im Geschichtswerk des Thukydides* (Sitzungsb. der heidelb. Akademie der Wiss. Philosophisch-historische Klasse, Jahrgang 1969), Heidelberg, Carl Winter, 1969, 56 pp.

Pese a que el Epitafio es uno de los más famosos y conocidos pasajes de la obra de Tucídides, ha sido poco estudiado, aunque en pocos años se le han consagrado dos valiosos estudios: la monografía de Kakridis (*Der thukydideische Epitaphios, ein stylistischer Kommentar*, Munich, 1961) y el opúsculo que nos ocupa.

La crítica tucidídea ha interpretado, por lo general, el famoso discurso fúnebre como un valioso documento para ilustrar la Atenas periclea, como un “himno” a la Atenas democrática, como “un sueño digno del genio ático”. La finalidad que el historiador perseguía era, de acuerdo con una amplia corriente exegética, ofrecer una apología de Pericles (Schadewalt, Schwartz, Pohlenz, Romilly), apología que, según algunas actitudes actuales (Vogt), no merecía el político, que es presentado por la mencionada escuela como “un déspota que trata despóticamente a su pueblo”.

No ha dejado de señalarse —Kakridis, por ejemplo, en último lugar— que el Epitafio plantea ciertamente un problema: se trata de un discurso que en absoluto presenta los típicos rasgos del discurso tucidídeo, en los que no es precisamente el idealismo lo que predomina, sino una consideración “realista” de los hechos. H. Strassburger, en un interesante trabajo aparecido hace ya algunos años (*Hermes*, 86-1958, 17 y sig.) señalaba, a este respecto, que precisamente y en contra de la “literatura oficial” ateniense, Atenas es retratada siempre con una dureza y una realismo que claramente contrasta con los “tópicos” tradicionales que presentan a esta ciudad como la campeona de la justicia, como defensora de los débiles y de los oprimidos. Es por ese camino que Flashar orienta su estudio, alineándose con los no escasos estudiosos que quieren llevar a sus últimas consecuencias la sospecha de que el historiador no era un demócrata, sino un espíritu de profundas simpatías oligárquicas y que, por ende, no podía sentir la más mínima simpatía por Pericles. Para defender esa tesis, señala el autor que el Epitafio no puede entenderse si se le considera fuera de su contexto, esto es, si no se analiza su función en el conjunto de la obra entera de Tucídides. Para Flashar, la historia tucidídea no se propone otra finalidad sino responder a la pregunta de por qué un poder como Atenas pudo sufrir el colapso que sufrió. Tucídides, un conservador, imbuido de ideas religiosas arcaicas sobre la conducta humana, ilustra en su obra el juego *hybris/némesis*, juego en el que el poder es el vehículo de la *hybris*.

En ese contexto, el Epitafio intenta presentar a Pericles y a Atenas en el momento máximo de su poder, ciertamente, pero marcados ya ambos por la “pleonexia”. Flashar insiste en que si Tucídides compuso su Epitafio después del 404 —y en eso hay acuerdo completo— cuando esa grandeza ateniense había ya sucumbido, la finalidad del Epitafio no podía ser otra que poner de manifiesto que la pretendida autarquía ateniense para la guerra y para la paz no se había revelado cierta: Atenas había caído pese —y quizá a causa— de su potencial. No se trata —como sostiene Kakridis— de ofrecer a los ojos de los jóvenes una imagen

gloriosa de la Atenas en sus mejores días, sino de ofrecer, por el procedimiento del contraste, que esa pretendida grandeza no era sino el camino hacia su completa ruina. Y Pericles, en vez de ser el gran caudillo, era el responsable de esa ruina (Flashar insiste en que la "apología" de Pericles en el libro II no es tal apología, sino sólo un juicio sobre el estadista "sólo en su calidad de belicista": Pericles encarna el ideal de la idea de fuerza, p. 40).

Estamos, pues, en presencia de un estudio interesante, sugerente, que replantea una serie de cuestiones trascendentales y que, a no dudarlo, originará una interesante polémica.

JOSÉ ALSINA

SCHUCHL, P.-M., *Platón y el arte de su tiempo*. Biblioteca de Cultura Clásica, Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1968, 198 pp.

El autor del presente libro, que ha dedicado muchos años a profundizar desde distintos ángulos el pensamiento de Platón, nos brinda en esta ocasión un estudio detenido sobre la visión platónica del arte: Platón se muestra a lo largo de toda su obra como un artista tan genial que no se puede explicar esta actitud sino como una gran sensibilidad en las artes plásticas. El filósofo aplica su teoría de las ideas al arte, planteándose una antinomia que nunca pudo resolver: su vocación plástica y las exigencias de su pensamiento teórico. Por otra parte Platón no se muestra partidario de las nuevas corrientes artísticas: impresionismo (ilusiones ópticas); artificios empleados en pro de la perspectiva; expresionismo (imitación de las expresiones, sobre todo del rostro), etc., sino que prefiere un arte hierático, inmutable, como el de Egipto.

Schuhl expone todas estas teorías en capítulos cortos, ilustrados con frecuentes citas de textos platónicos o de otros autores, que pone en forma de notas al final de cada uno de ellos. En el prefacio de la segunda edición adelanta prácticamente toda la doctrina que luego va estudiando por separado en los capítulos. Al final del libro hay una bibliografía muy extensa y la explicación de las normas seguidas para la transliteración de las palabras en griego.

El librito es original en cuanto que el autor relaciona continuamente el pensamiento del pensador ateniense a las preocupaciones del mundo de hoy, y constituye una buena fuente de información para el interesado en el arte y la filosofía griega.

ALICIA SOLER

*Beiträge zur alten Geschichte und deren Nachleben*. Festschrift für Franz Altheim, hrg. von R. Stiehl und H. E. Stier. Erster Band, Berlín, Walter de Gruyter, 1969, 586 pp. y 29 láms.

Al llegar el momento de la jubilación del gran historiador de la Antigüedad Franz Altheim, un grupo de amigos y discípulos le han ofrecido, como suele ser habitual en estos casos, un volumen de homenaje. En este primer tomo, pulcramente editado, hallamos una serie de variados estudios que van desde la prehistoria hasta el mundo cristiano. Para los filólogos clásicos serán sin duda de interés los trabajos de Walter Wüst (que se ocupa de algunos paralelos expresivos entre Píndaro y los Veda, pp. 24-34); el estudio de Ghirshman (*Un précurseur urartien d'Apollon Philésios*, 35-41); el trabajo de nuestro compatriota J. M. Blázquez (*Relaciones entre Hispania y los Semitas*, 42-75), así como las contribuciones de Panoussi, que se ocupa en pp. 91-114 de la noción de participación en Zoroastro y Platón, Fr. Cornelius (*Apolo en Roma*, 151-156), G. Orachner, con una contribución sobre un punto concreto de Polibio, Fr. Schachermeyr que nos ofrece un estudio sobre Damón, H. Happ que aborda un aspecto de la psicología de Aristóteles, Dobesch que trata de la Liga Corintia, Rehork con

un estudio sobre Homero, Heródoto y Alejandro, Marót, que contribuye con un trabajo titulado "aere perennius", Paul Moraux que aporta una corrección de Eudoro al texto de la metafísica de Aristóteles...

JOSÉ ALSINA

MATTON, Raymond: *Mycènes et l'Argolide antique*. Atenas, Col. de l'Institut Français d'Athènes, 1966, 274 pp. con 21 planos y mapas y 224 fotografías fuera de texto comentadas.

El autor, que ha dedicado otros estudios a las civilizaciones prehelénicas, aborda en este libro el análisis histórico de la Argólida desde la prehistoria hasta nuestros días, prácticamente, dedicando un especial interés al período micénico, s. xx al xii a. C.

El volumen que contiene, fuera de texto, 224 ilustraciones y 20 mapas intercalados dentro de la exposición, con sus pertinentes explicaciones, se abre con una descripción geográfica de la zona noreste del Peloponeso, objeto del presente estudio y con una introducción breve a la prehistoria de Grecia en general y de la Argólida en particular, hasta llegar al momento histórico de la llegada de los pueblos i-e. y con ellos el florecimiento de la civilización micénica en Argos, Micenas y Tirinto.

De esta civilización se nos presentan las leyendas y los datos históricos, los enclaves geográficos y sus excavaciones, la escritura y su deciframiento, la organización político-social y la religión, etc., hasta su hundimiento en tres etapas motivado por la invasión doria.

Los recién llegados provocaron un colapso en la evolución histórica de la Argólida, colapso del que paulatinamente se irá reponiendo y que es analizado por el autor en la segunda parte de su exposición, cuyos límites cronológicos van desde el s. xii a. C. hasta el s. iv p. C. La visión histórica nos viene dada ahora por ciudades, Argos, en primer término, Corinto en último, e intercaladas geográfica y metódicamente, Nemea, Fliunte, Sicione, etc.

La descripción de Corinto, sin duda la más detallada, comprende tanto la historia como la civilización en todas sus manifestaciones, arte, comercio. No podía faltar, tampoco, una alusión a los famosos Juegos Ístmicos y al conjunto de monumentos religioso-deportivos que la arqueología nos ha ido rescatando y reconstruyendo, así como una visión histórico-arqueológica de Epidauro y su multiseccular santuario, famoso hoy por su teatro y los festivales dramáticos que se van sucediendo cada año.

El epílogo, muy breve en el espacio, aunque muy extenso en el tiempo, nos traza un esquema de la evolución de la Argólida desde el s. iv p. C. hasta la independencia griega.

Este volumen, para resumir, muy ambicioso en sus propósitos, resulta tal vez un poco esquemático en su exposición, habida cuenta de la inmensa amplitud de cada uno de los aspectos en concreto. La lectura deviene amena e interesante y los planos, ilustraciones, mapas que jalonan la explicación contribuyen a la utilidad del ensayo.

EULALIA VINTRÓ

MOSSE, Claude, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, P. U. F., 1969, 214 pp.

El autor ve el nacimiento de la tiranía como una consecuencia de los procesos técnicos debidos a la introducción del hierro a partir del primer milenio y en el subsiguiente desarrollo del comercio facilitado en el siglo vii gracias a la aparición de la moneda, que dieron lugar a una transformación social caracterizada por el desarrollo de una clase artesana, junto a la cual estaba la aristocracia propietaria con sus intereses y los campesinos cuya situación se hace más precaria todavía con la repercusión del incremento del comercio.

La aparición de la tiranía en Jonia tiene como rasgo común el haberse implantado en ciudades ricas y evolucionadas en un período de transformaciones económicas. La caída del tirano va seguida de turbulencias y luchas entre el demos y los ricos. Si bien carecen de

carácter demagógico, permiten, no obstante, al demos convertirse posteriormente en realidad política.

A diferencia de los tiranos asiáticos, la tiranía en Grecia asume un tono de legalidad. Es sintomático que surja en ciudades prósperas, Argos, Corinto, Sicione, que experimentaban una profunda transformación económica y social. Algunos tiranos tienen su origen en un cargo militar, lo cual les hace enlazar con los del siglo iv. Sin embargo, lo que más destaca en ellos es su enfrentamiento con la aristocracia y el favor otorgado al demos, en el que hay que contar no sólo campesinos sino la nueva masa de comerciantes y artesanos. La tiranía en el peloponeso y en el istmo aparece como un régimen transitorio entre la antigua aristocracia y una oligarquía con bases más amplias.

Un interés especial ofrece el capítulo destinado a la tiranía ateniense, enmarcada en el escenario de la crisis económica y social, como puente entre las estáticas medidas solonianas y la innovación política llevada a acabo por Clístenes. Destaca la importancia de la aparición de un demos urbano más sensible a los asuntos estatales que el demos rural. Junto a ello está el análisis paralelo al de las demás tiranías de la época, perfilándose la tiranía de Pisistrato por su eclosión en el seno de una crisis económica, su enfrentamiento a la aristocracia y su carácter demagógico.

La falta de estructuras arcaicas, la existencia del elemento indígena y la presión de las dos talasocracias etrusca y cartaginesa determinan las tiranías occidentales. Algunas destacan por su sello demagógico, otras por la fuerza de su poder absoluto, otras por su oposición a la aristocracia, otras por una hostilidad de tipo racial. Entre ellas, sin embargo, la tiranía de los Deinimenes toma un color algo distinto: el apoyo de Gelon a la aristocracia frente al demos sublevado y sobre todo su poder militar que ejercitó con éxito contra el cartaginés, la brillantez de la vida palaciega de Hierón que le aproxima a los monarcas orientales, le dan una personalidad aparte, siendo su signo distintivo el empleo del mercenarizgo que preanuncia las tiranías del siglo iv.

La tiranía arcaica vinculada a transformaciones sociales derivadas del desarrollo comercial y artesano tiene, salvo en algunos casos, más un sentido antiaristocrático que favorable al demos, siendo el fortalecimiento de éste más bien consecuencia que un fin de la política del tirano.

El autor ve en el clima que favoreció la eclosión de la tiranía en la época clásica como factores determinantes los trastornos políticos, sociales y religiosos que invaden la Hélade y el empleo masivo de mercenarizgo, en parte consecuencia de la crisis económica. La hegemonía conseguida por la democracia siracusana en Sicilia estaba amenazada interiormente por desequilibrio social, fuente de turbulencias políticas. La amenaza cartaginesa proporciona a Dioniso el lanzamiento a la escalada del poder absoluto. Mossé, en su rápida y penetrante visión de la historia del tirano, estudia la política exterior de Dioniso en su triple vertiente: dominio de las ciudades sículas, lucha contra Cartago y expansión hacia Italia. La guerra contra Cartago, a pesar de los resultados con frecuencia poco satisfactorios, sirve a la política del monarca para asegurar su autoridad. Su vasto plan territorial anuncia las monarquías helenísticas en las que la noción de ciudad desaparece en aras de una polis más amplia fundada en un vasto territorio. Su política favorable al demos y el hecho de apoyar su poder y su política exterior en tropas de mercenarios le vinculan al siglo iv.

El reinado de Jásón, pese a su brevedad, permite al autor considerar dos rasgos que le aproximan a Dioniso y le colocan en la línea de los tiranos del siglo iv: su vasto plan imperialista y la jefatura de un enorme contingente de mercenarios.

Aprovechando las turbulencias que entonces se extendían en el peloponeso, Eufión se apodera del poder en Sicione, llevando una política favorable al pueblo contra los nobles, tal vez partidarios de Lacedemonia. Su caudillaje de una tropa mercenaria es signo de la época. Clearjos, perteneciente a una familia acomodada de Heráclea, consigue el poder atrayéndose la confianza de los ricos, frente a la amenaza popular y contando con su fuerza militar, para convertirse pronto en demagogo. El intento de una divinización del tirano y de rodearse de un grupo de amigos son tendencias de las tiranías helenísticas.

Es interesante la observación de Mossé según la cual las liberaciones de esclavos, llevadas a cabo por Critias en Tesalia, Dioniso en Sicilia, Cinadón —frustrada— en Esparta y tal vez Clearjos, afectan a indígenas que se hallaban en una situación servil.

La huella de las tiranías de la época clásica en la literatura política es estudiada en un capítulo de sumo interés desde ángulos distintos: la relación del tirano y el demos en su origen y en su política popular; la idea de un rey, distinto del tirano, capaz de salvar la crisis de la ciudad; el retrato del tirano pintado con tintas negras; y por último una confrontación de las teorías y la realidad.

En un rápido cuadro Mossé expone las consecuencias políticas y sociales subsiguientes a la dominación de Alejandro y sus sucesores en Grecia y Asia, para enmarcar en ellas el nuevo resurgir de las tiranías ya como simples agentes del poder real o en oposición a él, en Asia menor y Siria, ya como instrumentos de la burguesía para dominar la masa empobrecida, o como portavoz de las exigencias de ésta en Grecia, respondiendo al ideal de tirano difundido por los autores del siglo iv.

El autor sitúa el gobierno de Demetrios de Falera en Atenas, tras las luchas que siguieron a la guerra lamiaca entre los sucesores de Alejandro. Después de ésta el abismo entre minoría rica y masa pobre impide a Atenas librarse del proteccionismo y dependencia macedones. Demetrios desde su cargo de epimeleta o epistata dependiendo de Casandro, unido a una alta magistratura ateniense, emprende una serie de reformas en las que se denota la influencia aristotélica. Perteneciente a la burguesía, instruido en la escuela peripatética, personifica a la vez la figura del buen tirano trazada por Aristóteles por sus tendencias filosóficas y la del tirano helenístico por su afición al fasto. Demetrios, representante del buen tirano soñado por el estagirita, sólo logró serlo bajo el poder de Macedonia y gracias a su salvaguarda.

Agatocles, gracias a sus dotes militares y en el cruce de las luchas internas que conmovían Siracusa y el peligro cartaginés, consigue el poder de manos del pueblo. El carácter popular de su gobierno se manifiesta junto con las medidas corrientes de remisión de deudas y reparto de tierras por la carencia de guarda personal que testimonia la fidelidad del pueblo. Su excelente administración redundó en incremento de las rentas públicas y acopio de armamento. De su reinado hay que destacar, además, el esfuerzo para librar a la ciudad de enemigos exteriores, especialmente contra Cartago, la hegemonía conseguida sobre las ciudades griegas de Siracusa, el empleo de mercenarios y la liberación de esclavos exclusivamente por motivos de guerra. Las medidas perjudiciales a los ricos tienen esta misma razón. Y por último el haber tomado el título de rey, rasgo éste típicamente helenístico.

La tiranía que conoció Esparta en el siglo iii se levanta como remedio a la crisis de la ciudad, cuya raíz hay que buscarla en la guerra del Peloponeso y en la ley de Epitadeus permitiendo la alienación del cleros, que dio como resultado la acumulación de la propiedad en unas pocas manos y el enorme incremento de las categorías inferiores.

Los esfuerzos de Agis y Cleomenes habían fracasado... Aprovechando los desórdenes interiores, Nabis se establece en el poder. Su acción adquiere desde el primer momento un sentido revolucionario: volver al antiguo equilibrio social, ampliando el número de ciudadanos con derechos políticos y hacienda, a fin de contar con fuerzas de combatientes. No faltan tampoco en su política los procedimientos típicos de las tiranías. Pero, sobre todo, es de remarcar que al margen de la aureola de restaurador de la constitución y aparente respeto a las leyes espartanas, gobierna solo, se rodea de una guardia de mercenarios, tiene un círculo de amigos, lleva una vida de lujo, se preocupa de la flota y el puerto, prevé una política expansiva, rasgos todos ellos que le aproximan más al tirano griego y helenístico que a los reyes espartanos.

En Pérgamo, donde los dinastas habían logrado emanciparse del poder seléucida, Aristónicos encabeza una revolución con el objeto de fundar una ciudad, Heliópolis, en la que prevalezca la igualdad de todos los hombres. A su aspiración al poder absoluto y al apoyo prestado por el pueblo se une el contenido ideológico de procedencia estoica, que da un carácter nuevo a la revolución y al tirano, al tiempo que simboliza el hundimiento de la ciudad griega clásica.

La defensa del pueblo y el poder absoluto son los rasgos de la tiranía griega en todas las épocas. La idea de tirano ha de chocar forzosamente con la aspiración de la sociedad griega a una comunidad cívica con soberanía política. La aparición del tirano sólo es posible por la falta de homogeneidad en el organismo social y se da precisamente en las épocas en que ésta degenera en una crisis aguda.

La tarea del autor es por demás interesante y difícil a la vez por la escasez de materiales con la que ha de enfrentarse. Nos habría gustado encontrar en ella un desarrollo más amplio de las circunstancias socioeconómicas que enmarcan la aparición del tirano y que están trazadas sólo a grandes rasgos, pero con una visión muy acertada.

M. NURIA ALBAFULL

MACKENDRICK, Paul: *The Athenian aristocracy, 399 to 31 B. C.* (Martin Classical Lectures, volume XXIII), Cambridge, Mass. Harvard Univ. Press, 1969, 111 pp.

Asistimos, hoy por hoy, a una profunda revisión de una serie de principios, considerados hasta ahora como definitivamente adquiridos, respecto a la historia de Grecia, en especial en lo que concierne a Atenas. Por un lado, entre los historiadores anglosajones de la Antigüedad, se observa una fuerte reacción contra la visión tradicional de la democracia griega, sobre todo en la forma que adquiere durante el siglo iv, hasta muy recientemente considerada como una "corrupción" de la demacracia más o menos moderada del siglo v. Libros como el de Forrest (*La democracia griega*, trad. esp. Madrid, Guadarrama, 1966) y artículos como los de Woodhead (*Mnemosyne*, 1960, 289 sig.) o Westlake (*Hermes*, 1962, 276 sig.) son a este respecto bien significativos. En este mismo sentido se orientan algunos estudios franceses como el de P. Briant (REA, 1968) sobre el funcionamiento de la Bulé en el siglo iv o los estudios que pretenden reaccionar contra la visión de Tucídides como un "demócrata" admirador de Pericles, como el trabajo de H. Strassburger (*Thukydides und die politische Selbstdarstellung Athens*, Hermes, 1958, 17 sig.), o el recentísimo estudio de J. Flashar, *Der Epitaphios des Perikles* (S. D. der Heidelb. Akadem. der Wiss., Phil.-Hist. Klasse, 1969).

El librito de MacKendrick incide en esta misma corriente. Se suele creer que, con las reformas de Clístenes, Atenas eliminó para siempre el papel político de los "gene", reduciéndolos a simples agrupaciones religiosas. El autor de este interesante trabajo intenta demostrar que, a lo largo del siglo iv y durante la época helenística, los aristócratas pugnaron por conseguir que su preeminencia religiosa se trocara en influencia política. Mediante un análisis minucioso de las fuentes epigráficas y literarias, MacKendrick nos esboza un cuadro de este influjo y de los logros que consiguió la aristocracia ática. Los cuadros y listas de "gene" que cierran el libro son de una gran utilidad.

JOSÉ ALSINA

DES PLACES, Edouard, S. J.: *La religion grecque. Dieux, cultes, rites et sentiment religieux dans la Grèce antique.* París, Picard, 1969, 396 pp.

El conocido helenista francés nos ofrece una síntesis de los principales problemas que plantea la religión y la religiosidad griegas a través de una obra que, sin duda, prestará sus buenos servicios a los que desean orientarse en este campo. El rasgo que la distingue es su enorme caudal de información bibliográfica, que proporciona los datos eruditos más imprescindibles. Otro rasgo es que no se trata de una visión histórica, por lo menos en el sentido en que estamos habituados a través de otros trabajos de este tipo. Por ejemplo, no hallamos ni un solo capítulo relativo a Micenas —ni, por supuesto, a Creta— como si la religión griega hubiera salido de la nada. El libro, tras unas páginas en las que el autor esboza los rasgos específicos de la religión griega (y que termina con la pregunta ¿preparación para el Evan-

gelio?), entra de lleno en el estudio de los dioses y los cultos. Tampoco aquí, como es la tónica, hay esbozo histórico: los dioses son estudiados, a partir de Zeus, como si detrás de cada una de sus figuras no existiera una larga prehistoria. Se insiste en los epítetos y principales funciones, sus fiestas, dando especial énfasis a su aparición en los textos literarios. En la parte dedicada al culto se pasa revista al culto de los muertos (sin ninguna referencia a datos arqueológicos), al culto del soberano, a la adivinación, al sacrificio, a los sacerdotes, a los "tabús", purificaciones y ritos de purificación. El autor —que ha trabajado en este campo especial— dedica un amplio capítulo a la plegaria, sobre todo la plegaria litúrgica o cultural (en un capítulo posterior, consagrada al sentimiento religioso, se nos dirá algo de la plegaria "personal").

La segunda parte se titula "Historia del sentimiento religioso", muy desigual: una página dedicada a Hesíodo (sin mención de los estudios de Latte y Diller), tres a las laminillas órficas, y diez consagradas a los textos literarios de "tendencia órfica". Los misterios de Eleusis son estudiados en pp. 207-214. Siguen los trágicos, en un capítulo que creemos poco afortunado: en el caso de Esquilo, no se aborda el candente problema de la "libertad humana" y el de la posible colaboración del hombre con dios en el propio destino, mientras se consagran casi cuatro páginas a problemas formales sobre la plegaria en este autor. Algo parecido cabe decir de Sófocles; la religiosidad eurípidea es despachada en una página. En cambio Aristófanes es estudiado a lo largo de cinco páginas en las que el autor se preocupa, no de la religiosidad de este autor (que es el tema por definición de esa segunda parte), sino de Aristófanes como testimonio para la religión ática. Tras abordar los "milagros" de Epidauro (el autor no distingue entre religiosidad popular y religiosidad ilustrada), se pasa a Platón (245-259), Aristóteles, Epicuro, los Estoicos, Plutarco, Epicteto, Marco Aurelio, para pasar a la "astrología y las fuerzas ocultas" (281 sig.). Un capítulo se dedica a la noción de pecado (289-300); se pasa al sentimiento religioso neoplatónico para estudiar, en un capítulo un tanto misceláneo "diversas formas de actitud religiosa" (éxtasis, tendencia a la divinización). La tercera parte se ocupa del encuentro entre el mundo pagano y el cristianismo, pero de un modo muy somero y superficial.

En un apéndice nos ofrece el autor, lo que concede indudable valor y originalidad al trabajo, un vocabulario religioso, con bibliografía para cada término. Naturalmente el léxico es incompleto (no hallamos, por ejemplo, *ananke*), pero puede ser un buen auxilio.

En resumen, un libro desigual que tiene, sin embargo, la ventaja de ofrecer un cuadro bastante completo de los hechos religiosos griegos.

JOSÉ ALSINA

ROLOFF, Dietrich: *Gottähnlichkeit, Vergöttlichung und Erhöhung zum seligem Leben*, (Untersuchungen zur antiken Literatur und Geschichte, Band 4), Berlín, Walter de Gruyter, 1970, 243 pp.

El tema de la *ὁμοίωσις θεῶν* ha sido objeto de estudios, principalmente en lo que se refiere al propio Platón (Festugière, sobre todo, Rutenber, Solmsen, en parte abordado por Goldschmidt) y al influjo de la concepción platónica en el pensamiento posterior (Merki, Moreau). Los antecedentes de esa doctrina, en cambio, han sido poco estudiados. Roloff se ha propuesto, en el trabajo que nos ocupa, abordar la noción de *imitación de Dios* y plantearse el problema de si estamos ante un descubrimiento platónico o si, por el contrario, es posible hallar antecedentes preplatónicos.

Señala el autor, de entrada, que el testimonio de Ario Dídimo, recogido en Estobeo, Ecl. II, 7, p. 49 W., según el cual Pitágoras enseñaba que *ὁμοίωσις θεῶν* era el *τέλος*: al que debían tender todos los humanos esfuerzos, delata ya, por el uso del término *τέλος*, un origen platónico (Roloff, p. 1) o postplatónico e incluso estoico. Reconoce, sin embargo, la posibilidad de un estudio de la literatura anterior a Platón que permita encontrar antecedentes de esa importante doctrina.

El material básico utilizado como fuente de su investigación es fundamentalmente la epopeya homérica, los Himnos y Hesíodo, Safo y Píndaro, Esquilo (en especial los *Persas*), Heráclito, Parménides, Empédocles; como material secundario acude a Alcmán, Baquílides, algunos pasajes de Sófocles y de Eurípides, Aristófanes, Heródoto, Tucídides; y, finalmente, unos pocos textos de Calino, Tirteo, Solón, Teognis, Epicarmo, Jenófanes, Acusilao y Helánico.

El libro está dividido en dos grandes partes. En la primera aborda el proceso de semejanza con dios, divinización, etc., aplicado al héroe; en el segundo se ocupa de esos mismos procesos en el hombre.

Por héroe —limitando, por tanto, el concepto religioso básico— entiende los héroes de la epopeya homérica y hesiódica, así como los de la Tragedia y algunos personajes de Heródoto. Aplicando luego un método estrictamente filológico, estudia la terminología relativa a los conceptos de “semejante a dios”, etc.: los epítetos θεῖος, ἰσόθεος, ἀντίθεος θεοεικέλος que le permiten establecer el “concepto de semejanza con dios” para pasar, más adelante (p. 13), al contenido de esa semejanza (semejante a los dioses por el aspecto, el cabello, cualidades espirituales). En p. 37 y sig. estudia el autor lo que llama “ampliación de la semejanza divina”, sobre todo la “elevación a categoría de sobrehumano”, posesión de cualidades divinas, inmortalidad por la gloria, fuerza y prosperidad, o, simplemente, por el hecho de haber nacido de un dios (p. 68). Un breve apartado traza las “limitaciones” de esa semejanza con los dioses (p. 77 sig.). Otro apartado aborda la “divinización” (p. 83 sig.). Finalmente dedica unas páginas al traslado del héroe a la isla de los Bienaventurados (93 sigs.). En la segunda parte, es el hombre el objeto de estudio de acuerdo con los mismos criterios aplicados al héroe: belleza divina de un hombre, fuerza semejante a la de un dios, inteligencia divina, semejanza del poeta con la divinidad, inmortalidad por la gloria, divinización, traslado a la isla de los Bienaventurados, límites de esa semejanza (el problema de la *hybris*), etc. Un apartado final se ocupa de formas nuevas de semejanza o divinización: los misterios eleusios, y algunas doctrinas de Heráclito, Píndaro (Ol. II) y Empédocles.

Hasta aquí el contenido concreto del trabajo, realizado con buenos criterios filológico-literarios y en el que no faltan atinadas observaciones y análisis de algunos de los pasajes citados. Pero, en conjunto, ¿qué juicio nos merece este estudio? Digamos, de entrada, que el método utilizado por el autor se nos antoja completamente equivocado. Roloff ha creído que un simple rastreo de los “antecedentes” puramente léxicos de la palabra ὁμοίωσις era suficiente para estudiar el origen de la noción platónica, cuando es evidente que ese criterio no puede bastar. Por lo pronto, el concepto platónico de la ὁμοίωσις θεῶν se fundamenta, básicamente, en una teología monoteísta y su fundamento es esencialmente ético y religioso. Se trata, en el caso de Platón, de conseguir una profunda modificación ético-religiosa de nuestro yo, haciendo a nuestra alma partícipe del orden divino. Dios como “paradigma” de nuestro ser, pero un Dios que es, en esencia, Bien. Sin embargo, la noción de paradigma divino no aparece, ni por asomo, en el libro de Roloff. Y, no obstante, hay antecedentes de esa noción: Hesíodo ofreciendo un “modelo divino” a la conducta humana (Zeus como guardián y padre de Dike), Esquilo presentando la teología de Zeus como un ejemplo del principio “al conocimiento por el dolor”, Píndaro y el valor “paradigmático” del mito, así como la doctrina pindárica de la *Gottesnähe*, estudiada por Thummer; Eurípides ofreciendo en el *Hipólito* el ejemplo de una “amistad” entre un dios y un hombre, etc.

Pero no es eso todo. Se echa de menos en el libro de Roloff una referencia a problemas que entendemos indispensables para abordar un tema como el que se ha propuesto el autor; no hay, por ejemplo, un estudio sobre el Orfismo, en el que es esencial la afirmación de un elemento “divino” en el hombre; no se habla jamás de la doctrina del “entusiasmo” en los presocráticos; no está estudiado el Pitagorismo, ni hallamos en el libro referencias a la doctrina dionisiaca, en la que la posibilidad de un “endiosamiento” es fundamental. Demócrito y Anaxágoras no son ni siquiera citados.

Al lado de esas lagunas metodológicas, que convierten este trabajo en una empresa, a juicio nuestro, fallida, las enormes lagunas bibliográficas: falta, por ejemplo, una referencia al libro de Brelich sobre *Gli eroi greci*; no aparece citado el libro de Festugière sobre *La sainteté*,

ni el trabajo de Lasso de la Vega sobre *Héroe griego y Santo cristiano*; no aparece por ninguna parte el estudio de Detienne sobre *La notion de daimon dans le Pythagorisme ancien*, ni el libro de Rocha Pereira sobre las nociones griegas del más allá, ni el maravilloso estudio de Chapouthier sobre *Euripide et l'accueil du divin*.

Pero este segundo reparo es, realmente, secundario. Lo grave es, a nuestro entender, que el autor no ha sabido qué hacer con el tema en las manos, y se ha limitado al estudio de un repertorio de términos y nociones que no conducen, ni podían conducir, a nada concreto.

JOSÉ ALSINA

*Ancient medicine*. Selected Papers of Ludwig Edelstein, edited by Owsei Temkin and C. Lillian Temkin, Baltimore, The John Hopkins Press, 1967, XIV, 496 pp.

Ludwig Edelstein, fallecido en 1966, se proponía, antes de que le sorprendiera la muerte, reunir en un volumen una serie de sus variados estudios sobre la medicina antigua. El libro debía comprender la traducción inglesa de algunos de sus artículos publicados en alemán (Edelstein, alemán de origen, tuvo que emigrar de su patria en 1933, a raíz de la subida al poder del partido nazi) así como una parte de los que habían aparecido en inglés. O. Temkin se encargó de completar el material disperso dejado por Edelstein, y la esposa de Temkin tradujo los textos alemanes al inglés.

El libro, fallecido de una sucinta biografía espiritual del autor, está dividido en cuatro partes. En la primera se recogen los siguientes estudios: en *The hippocratic Oath*, aparecido por vez primera en los *Supplements to the Bulletin of the History of Medicine* (núm. 1, Baltimore, 1943), nos ofrece el autor una edición crítica del Juramento, una traducción y una penetrante exégesis en la que el autor sostiene el origen pitagórico de la ética subyacente en este opúsculo. El segundo capítulo, *Hippocratic prognosis* es la versión del segundo capítulo de su tesis (*Peri aéron und die Sammlung der hippokratischen Schriften*, *Problemata*, Heft 4, Berlín, 1931), que sostiene que el fin de la práctica prognóstica era, en el médico hipocrático, un medio para ganarse la confianza del enfermo. *The hippocratic Physician*, que sigue al anterior, es la versión inglesa del capítulo III de la citada tesis alemana; sigue la reseña del libro de Pohlenz sobre Hipócrates (aparecida en *Am. Journal of Phil.*, 1940, vol. 61), la del libro de Petersen, *Hippocratic Wisdom* (*Bull. of the Hist. of Medicine*, 20-1946) y una crítica del Diocles de Caristo de Jaeger (aparecida en *Am. Journal of Phil.*, 61-1940). A continuación, el trabajo *The genuine Works of Hippocrates* (publicado en *Bull. of the Hist. of Medicine*, 7-1939), *The role of Eriximachus in Plato's Symposium* (Trans. of the American Phil. Ass., 76-1945) y la versión del texto original alemán del artículo *Methodiker* de la Pauly-Wissowa (*Suppl.* VI, 1935).

La segunda parte contiene estudios sobre el papel del empirismo y el escepticismo en la enseñanza de la escuela empírica griega (aparecido previamente en Berlín en 1933 en las *Quellen und Studien zur Geschichte der Naturwissenschaften und der Medizin*, su importante contribución al estudio de las relaciones de la medicina con la magia y la religión (previamente, en el *Bull. of the Inst. of the Hist. of Med.*, 1937), la valiosa visión de la historia de la anatomía en la antigüedad (anteriormente publicada en las *Quellen und Studien...*, 1932), y su trabajo sobre la dieta antigua (originalmente, *Die Antike*, 1931).

La tercera parte se consagra a problemas más generales: la ética profesional del médico griego (*Bull. of the Hist. of Med.*, 1956), la relación de la filosofía antigua con la medicina (id. 1952), los rasgos helénicos de la medicina griega (id. 1966). Finalmente la parte cuarta está constituida por estudios más o menos relacionados con la medicina: *Recent trends in the interpretation of ancient Science* (*Journal of the Hist. of Ideas*, 1952), *Andreas Vesalius, the Humanist* (*Bull. of the Hist. of Med.*, 1943), *Sydenham and Cervantes* (*Suppl. to the Bull. of the Hist. of Med.*, 1944) y un curioso estudio *Medical historiography in 1847* (*Bull. of the Hist. of Med.*, 1947).

Sería ocioso y fuera de lugar hacer aquí una crítica del libro. Señalaremos la utilidad del volumen para los estudiosos de la historia de la medicina antigua, habida cuenta que muchas de las contribuciones eran en algunos casos difíciles de hallar. En la introducción podrá hallar el lector una visión sinóptica de las ideas principales del ilustre historiador de la medicina, dadas a la pluma de un no menos ilustre estudioso de Hipócrates y de la medicina griega. Cierra el volumen un útil índice que hace fácil el manejo de una obra como ésta, que aborda temas tan diversos dentro de un mismo campo.

JOSÉ ALSINA

ZAKOS, Emmanuel: *Poésie populaire des grecs*, François Maspéro, "Voix", Paris, 1966, 223 pp.

No puede ser más palmaria la orientación del presente libro, a juzgar por las palabras con las que el autor inicia su trabajo: "La légende selon laquelle la chanson populaire est en voie de disparition en Grèce a séduit et séduit encore un grand nombre de chercheurs, hommes consciencieux, qui se précipitent pour entendre le chant du cygne, pour recueillir les dernières fleurs sauvages, avant que le goudron de la civilisation moderne ne recouvre la prairie pour toujours" (p. 9).

Zakhos, en efecto, intenta exponernos la poesía popular griega, y para ello reúne las producciones poéticas más características, que agrupa por niveles sociales; no creemos que su trabajo tenga otro alcance, ya que el autor, aparte de detallarnos en un capítulo inicial, realmente interesante y claro, "les niveaux", se limita, por lo demás, a ofrecernos un ramillete de poesías, algunas de las cuales no podemos degustar sin que nos asalten, casi inconscientemente, las notas musicales del "bouzouki", como después veremos.

El autor divide claramente el libro en dos partes fundamentales: la primera constituye un intento de estudiar la naturaleza de la canción, y su innegable alcance social. Destacamos, entre otros, su punto de vista según el cual la canción no es "une création artistique, mais un système de thésaurisation de connaissances acquises, au sein d'un groupe humain donné" (p. 9); y por lo que respecta a su contexto social, prosigue Zakhos: "Toute chanson est l'affrontement d'un problème social posé dans un groupe humain donné" (p. 9).

El capítulo central de la obra es el que, bajo el título "Groupes et Groupements" (p. 12), reúne un estudio socioeconómico de los distintos estratos de la sociedad, en los que nace y se desarrolla la poesía. Distingue Zakhos cuatro niveles:

1. La Montaña (p. 13, 22-34) en la que domina la vida pastoril y la arboricultura, y que alberga como personajes: a) Los pastores nómadas, cuyo marco de expansión es la naturaleza, en donde expresan libremente sus vicisitudes íntimas de índole religioso-familiar; b) Grupo de ganaderos y cultivadores sedentarios, cuyo marco no se diferencia mucho del anterior, y cuya expresión está en las canciones de gesta y religiosas; c) Los miembros de caravanas, y d) Los bandidos o sublevados contra el poder central; a este respecto, Zakhos señala que de toda la literatura "cléptica", sólo puede considerarse como genuina de los bandidos las composiciones que utilizan el pronombre de primera persona, (p. 102).

2. La llanura (p. 15, 34-40) en la que destaca la vida agrícola; su escenario es el hogar de uno de sus miembros, y, más concretamente, el banquete. Un elemento típico en las canciones y danzas lo compone el mecanismo de improvisación, que comprende: Improvisación A — Refrán, Improvisación B — Refrán, etc.

Paralelamente a esta manifestación literaria, genuina de un grupo determinado y concreto, hallamos — como señala Zakhos — la creación del Intergrupo, núcleo de gentes extrañas, casi todos labradores a sueldo, en épocas de recolección, y cuya aportación melódico-instrumental difiere notablemente del resto del grupo.

3. La ciudad otomana (p. 16, 44-51) como centro de intercambio y de comercio marítimo o continental, y centro, también, de producción manufacturera, ofrece una poesía nacida en los mercados y en el "bazar".

4. La ciudad moderna (p. 17, 51-58), último nivel descrito, es, creemos, el apartado que

mayor interés alcanza, y ello tanto por su carácter folklórico, como por la abundante información que nos facilita el autor.

La manifestación folklórica de la Grecia actual encuentra su máxima expresión en el "bouzouki", instrumento profundamente enraizado en el suelo griego.

Difícilmente puede Zakhos ocultar su pesar ante el hecho, por desgracia corriente hoy día, de que el medio obrero carece de creación, privado por la tradición erudita. Igualmente, en el medio burgués, el individuo se reduce al no menos triste papel de consumidor de productos del mercado musical. A este respecto, Zakhos concluye con unos términos altamente significativos: "Les seules qui échappent à la règle, dans ces milieux, sont les enfants, qui constituent des bandes par quartier, bandes qui possèdent un fonds de chansonnettes magiques, associées à des jeux et de provenances diverses" (p. 54).

El "bouzouki" es el único género específico de la ciudad moderna, que responde a las aspiraciones de un público de masa.

Enumera, además, los siguientes géneros, entresacados de los catálogos discográficos griegos actuales:

a) Canciones ligeras.

b) Canciones "laicas" *Λαϊκά Τραγούδια*, acompañadas de "bouzouki".

c) Canciones "demóticas", populares y folklóricas.

Anotamos como hecho positivo el capítulo "La manifestation collective" (p. 18-22), en el que insiste en la posición privilegiada del verbo, como aguda expresión y firme puntal del sentir poético, de suerte que el ritmo se aplica al verbo—casi de forma insistente—para facilitar la rápida captación del motivo principal, (p. 64, 68, 128).

Hasta aquí, pues, la primera parte del libro, en la que Zakhos nos ha descrito claramente el contexto social y humano que condiciona la aparición de la poesía popular griega, en sus más variados matices y estamentos. La segunda y última parte comprende—como antes hemos aludido—la antología poética en edición bilingüe, con versión francesa. En ella selecciona las composiciones poéticas, en primer lugar por niveles, y dentro de éstos por los diferentes grupos sociales.

Finalmente zanja su libro con un breve apartado, muy útil, a modo de lista, en el que cita las fuentes literarias, autores y revistas, de que se ha servido para seleccionar sus poesías, y, más concretamente—en el caso de las composiciones infantiles—, señala el lugar exacto y el barrio de donde se hizo eco de las voces de los niños.

JUAN SARIOL